

A man in a grey t-shirt and dark jeans is lifting a woman in a white sweater into his arms. They are in a bright room with a large window in the background. The woman is smiling and looking down at the man. The man is looking up at her. The room has a brick wall and a window with white curtains. A bicycle is visible in the background.

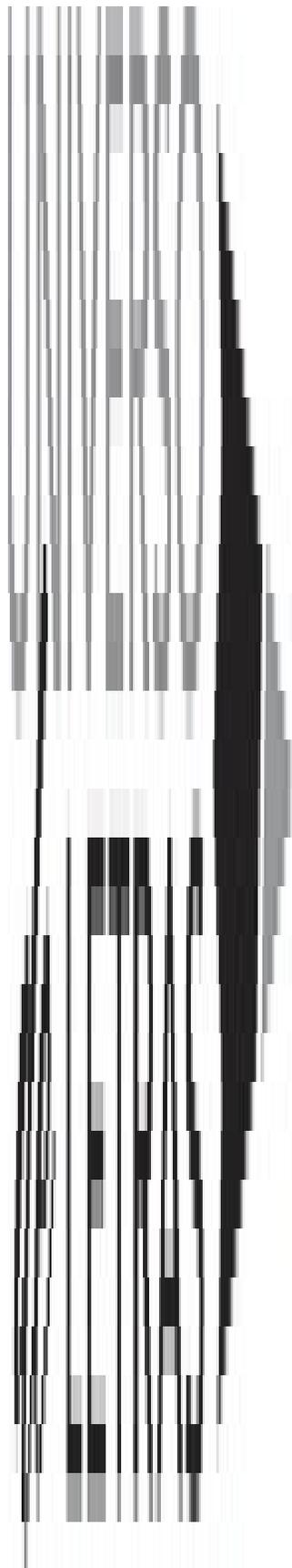
MARINA SANTIAGO

EL
IDIOTA
QUE VIVE EN
MI CASA

UNIVERSO
de LETRAS

Marina Merino Santiago

**EL IDIOTA QUE
VIVE EN MI CASA**



El idiota que vive en mi casa
Marina Merino Santiago

Esta obra ha sido publicada por su autor a través del servicio de autopublicación de EDITORIAL PLANETA, S.A.U. para su distribución y puesta a disposición del público bajo la marca editorial Universo de Letras por lo que el autor asume toda la responsabilidad por los contenidos incluidos en la misma.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

© Marina Merino Santiago, 2018

Diseño de la cubierta: Equipo de diseño de Universo de Letras
Imagen de cubierta: ©Shutterstock.com

universodeletras.com

Primera edición: octubre, 2018

ISBN: 9788417569358

ISBN eBook: 9788417570521

*Le dedico este libro a mi madre. Sin ella, ninguna de mis obras presentes
o futuras existirían.*

*Gracias por todo tu amor, apoyo y paciencia.
Te amo mami.*

Capítulo 1

La presentación de un idiota

Mare

Un ocioso rayo de sol, atraviesa la ventana, rozando mi cara y haciéndome abrir los ojos lentamente.

Hoy es el primer día de clase, recuerdo e inmediatamente mi mirada se dirige al despertador.

Perfecto —pienso— no lo conecté.

Si ya sé, pensarán, ¿tantas ganas de ir el primer día a clase, un lunes, a las ocho? Pero no, lo que tenía era unas ganas locas de ver, a mis amigas. Las que no he visto desde que terminamos el curso pasado, ya que nos fuimos de vacaciones y estuve todo el verano en Italia.

Lanzo un suspiro y viendo que no queda otra, me doy una ducha rápida.

Dejo mi pelo largo suelto para que se seque al aire, y me pongo una camiseta palabra de honor blanca con flores rojas y unos shorts negros. Me coloco unas conversees rojas y blancas, para luego tomar el camino hasta la cocina.

Agarro una manzana y la meto en mi mochila, doy un beso a mis padres y voy hasta la puerta. Cuando logro coger el pomo, la voz de mi padre me detiene.

—Recuerda que hoy viene nuestro invitado, Mare. Debes llegar a casa pronto.

—¿Invitado?— en cuanto esa palabra sale de mi boca, lo recuerdo.

Es verdad, hoy llegaba el hijo del amigo de mi padre, Nithan, Nathan o algo así.

Mi padre me mira curioso y le respondo antes de que me pueda preguntar nada más.

—Si, claro, hoy llegaré temprano. «Hay que recibir educadamente a nuestro invitado»— cito las palabras que no paraba de repetir ayer mi padre, una y otra y otra vez, como un disco rallado. Aunque intento que no se note el sarcasmo en mi tono.

—Así me gusta—, dice mi padre solemne. Por fortuna no lo notó, y si lo ha notado, no me lo deja saber y eso es bueno.

Me despido con una sonrisa, giro hacia la puerta y salgo como alma que lleva el diablo. Ya llego diez minutos tarde y aún me queda una carrera de veinte minutos. Sin contar el hecho que no quería continuar con esa conversación.

No quería pensar en el hecho de que ya no tendría tanta intimidad en mi propia casa. No quería pensar que habrían normas nuevas, o que tuviese que cuidar, guiar o acompañar a un chico por el instituto, como si no tuviese otra cosa que hacer. Y por supuesto, no quería pensar en el idiota que viviría en mi casa, como si mi opinión no importase.

Realmente no quiero que un extraño viva conmigo, toque mis cosas o cualquier otra cosa.

—¿Y si es agresivo?

+ Nadie te va a tocar, sabes defenderte —dice mi voz interna.

—¿Y si nos roba?

+ ¿Qué dices?, si su padre es el famoso Adam King.

Es multimillonario.

—¿Entonces, si tanto dinero tiene, por qué viviría con nosotros?

+ Fácil, su papá no se fía de dejarlo solo.

—Genial, será un niño odioso y chulo.

+ Arrogante.

—Te secundo.

+ Cuidado, mira hacia delante.

Estoy tan dentro de mis propios pensamientos, que de lo único que me doy cuenta es de un choque.

He chocado contra algo duro y lo veo todo negro. Espero y espero pero nada, no siento el choque de mi trasero contra el asfalto. Ahí es cuando lo percibo, unos brazos.

Unos fuertes y largos brazos rodeando prácticamente todo mi cuerpo. Me doy cuenta que sigo viendo todo oscuro y oigo una pequeña carcajada masculina por lo bajo.

+ Pero abre los ojos, pánfila —. Dice mi voz interna.

Efectivamente, tenía los ojos aún cerrados, no me lo puedo creer. ¡Qué corte!

Abro los ojos lentamente, encontrándome de frente con algo hipnotizante. Este chico es devastadoramente bello. Sus ojos grises como el hielo me miran.

Lejos de ser una mirada fría, noto cómo mi cuerpo va subiendo de temperatura e imagino, si solo con mirarme provoca esto en mí, ¿que hará si me toca?

+ ¿Qué haces?, dile algo al chico boba, lo vas a asustar.

—¡Eh!, perdona —digo separándome de él y mirando al suelo, en donde se encuentran una, dos, tres y cuatro... ¿maletas? Dios es nuevo en el barrio, no me creo la suerte que tengo, lo podré seguir viendo.

—Bueno, supongo que tenías mejores cosas que hacer. Aparte de mirar al frente, mientras caminas, como una persona normal haría ¿no? —pregunta burlón.

—¿Pero qué...? —pregunto sorprendida, casi sin palabras. Este chico, se verá hermoso pero tiene un grave problema de actitud.

+ Se está riendo de nosotras.

—Eso lo sé, además tu eres mi voz interna, así que tú eres yo.

+ Lo sé, cretina, solo decía...

—Ya sé qué decías...

Algo interrumpe mi conversación interna de nuevo, y es esa irritante risa.

+ No te irrita, te parece sexy.

— Ya cállate, ¿de qué parte estás?

+ De la nuestra.

— Pues eso...

— ¿Qué, te comió la lengua el gato, o, ya te he dejado sin palabras? — Menciona el ardiente desconocido de manera arrogante y burlona.

— Iba con prisa, llego tarde a clase —. Digo ignorando su pulla.

— Y, ¿en qué me afecta eso a mí?

— ¿Que en qué...? — comienzo indignada, pero me detengo, no pienso perder más tiempo con éste imbécil. — ¿Sabes?, sí te afecta en algo.

Lanza una carcajada.

— ¿Y se puede saber en qué?

— Si, se puede —, me agacho a recoger mi mochila, que también estaba en el suelo tirada —. Te afecta por que te toca recoger todo tú solo —, hago énfasis en la palabra «tú» — ya que llego tarde.

No ayudaré a un arrogante.

Me mira sorprendido y rápidamente se torna en una mirada furibunda.

— ¿Yo, arrogante? Tú eres la que ha chocado conmigo, niñata, y no se ha disculpado.

— Pues espera sentado, engreído.

— Le digo y salgo a toda prisa, dirección a clase.

— Estúpida —, es lo último que escucho antes de doblar la esquina.

El resto del camino lo paso pensando en ese idiota. Debería ser delito estar tan bueno teniendo un carácter podrido como el suyo.

Llego al instituto y discuto con José, el conserje, la razón por la que tiene que abrirme la puerta, cuando ya tocó el último aviso hace diez minutos.

— Por favor... —, suplico a José. Él niega con la cabeza —. No se volverá a repetir.

—Siempre la misma cantinela —suspira exhausto, agarrando sus llaves.

—Venga, eres mi conserje favorito—. Se para en seco, soltando las llaves en la mesa de su pequeño cubículo cuando lo digo. Sé que la he fastidiado, por que me mira entrecerrando los ojos.

—Soy el único conserje, lo sabes.

Le doy una mirada de «apiádate de mi» y su expresión se suaviza de inmediato. Lanza un nuevo suspiro derrotado antes de ceder.

—Está bien, ¿qué me darás a cambio esta vez, peque? —Dice burlón y yo me pongo pensativa. No sean mal pensados, José es mi primo. Por eso y por lo mono que es, es mi conserje favorito. Tengo la gran suerte de que lo asignaran en mi instituto, cada vez que llego tarde, «tiene» que barrer. Lo que le hace dejar la puerta abierta unos quince minutos de más, lo que a su vez, me hace llegar «a tiempo».

¿He dicho ya que José es un amor y mi primo favorito?

—Te daré hoy tu bocata favorito—, se le ilumina la cara, este hermoso chico, tiene la habilidad de comer lo que quiera y que no se le note, ni un solo quilo de más en su trabajado cuerpo.

Es envidiable.

Yo no estoy gorda, más bien delgada, pero sí que tengo que cuidar lo que como. A diferencia de mi primo, el «conserje buenorro», como lo conocen las de mi clase. Porque a demás de cachas, dulce y gracioso, es rubio de ojos verdes, lo que al parecer las vuelve locas, y a mí, si no fuese mi primo, claro está.

—Venga Mare, te dejo pasar, pero lo quiero doble, —dice finalmente abriendo para mí, las puertas de hierro forjado que delimitan el instituto, dejándome pasar.

Me río antes de doblar la esquina, hoy tocaba bocata de lomo asado y patatas fritas, solo por lo lindo le daré a parte mis patatas, eso lo hará muy feliz. ¡Quiero a este grandullón!

Cuando toco la puerta, espero un «adelante» pero nada llega. De manera que lentamente me dispongo a abrir la puerta, me asomo y veo

que están todos sentados, pero ni rastro de la profesora, así que entro.

—¿La profe...?—, pregunto a Carmen. Una de mis amigas, que siempre se sienta a mi lado en las clases que compartimos.

—Aún no ha llegado, te has librado.

Lanzo un suspiro de alivio mientras me tiro en mi silla.

—Menos mal...

—Ni que lo digas— me sonrío.

Se abre la puerta y veo como la profesora Marta, entra cargada. Es la profe de lengua, mi favorita, siempre despistada, pero amable. Sus clases son las mejores.

Hoy lleva un vestido rojo y su larga melena negra recogida en una trenza de lado. Sus ojos marrones brillan cuando recorren el aula y se posan en mí.

—Veo que has llegado a tiempo.

Todos estallan en carcajadas, ya saben que me lo dice a mí.

Con eso empieza a dar la clase, sin esperar por mi respuesta.

(...)

Finalmente suena el timbre, informando del comienzo del recreo. Ya he recogido la ración doble de comida de José y se la he dado, junto a mis patatas, cosa que lo ha hecho reír y darme un abrazo enorme. Ahora estoy sentada en las gradas, junto a Carmen y Cris, admirando el delicioso bocata de lomo que tengo en mi poder.

Debo reconocer que soy una comilona.

Cuando me dispongo a llevar esa delicia a mi boca, la voz de Cris me detiene.

—¿Por qué llegaste tarde esta vez?

Le doy un gran mordisco a la delicia que tengo entre mis manos.

—Me xoqué on to weno.

—¿Qué?— .Preguntan al unísono.

—Me xoqueé on to weno— repito.

—¿Qué?—, pregunta Cris.

—Traga ya, maldita condenada— grita Carmen agotada de no entender, es muy curiosa.

Trago y vuelvo a contestarles.

—Me choqué con un tío bueno.

—¿Te chocaste con un tío bueno?—, preguntan ambas, más que sorprendidas.

—Cuéntanos todo, ¡ya!—. Exigen a la vez.

Les cuento todo lo del choque con ese sexy, estúpido y engreído chico de apabullantes ojos grises. Cómo chocamos, me recogió y luego se rió de mí.

Al recordarlo todo una vez más, vuelvo a sentir cómo la indignación me abrasa.

—¡Qué idiota!—, bufa Cris.

—¿Bromeas?, Mare tuvo que haberse disculpado con él. La atrapó y por eso no cayó al suelo.

—Por que él chocó con ella—, se apura a contraatacar Cris, saliendo en mi defensa.

—Porque ella no miraba por dónde iba.

—¡Oye!, ¿de qué parte estás?—, exclamo ofendida, a lo que Carmen se limita a reír en respuesta.

—De la tuya, siempre, y aunque él hizo mal tratándote así, reconoce que tú siempre estás en otro mundo. Esto te pasa mucho, ir chocando por ahí.

—Lo admito, pero sigue siendo un idiota.

Ambas se ríen.

—Esta vez tengo una muy buena razón para estar en mi mundo—, ambas me contemplan con expectación, de manera que les cuento lo del invitado.

—¿Sabes cómo es?

- ¿Su edad?, ¿va a nuestro curso?
- ¿Es menor o mayor que nosotras?
- ¿Es guapo? — Ambas me avasallan a preguntas.

Antes de poder contestar que no lo conocía y que a penas sabía su nombre, del que la verdad no me acuerdo, suena el timbre que ordena volver a clase.

Miro con lástima la preciosidad de bocata a la que, a penas le había podido dar cuatro bocados.

Me dirijo al cubo de basura y dándole el último mordisco, tiro el resto en el cubo, si no llegaré tarde.

Dos horas largas y agonizantes de economía más tarde, estoy en mi mesa a falta de una hora para volver a casa. Me encuentro embobada, mirando la pared del aula de informática, cuando una nota vuela hacia mí. La cojo, desdoble el avioncito y leo.

Una idea descabellada, si el capullo con el que chocaste es tu invitado secreto. ¿Qué harás?

Miro atónita la nota por un momento y luego busco con la mirada a Carmen, quién me la había lanzado. Ya que no se encontraba al lado mío debido al cambio de mesas en esta clase.

No puede ser, no pensé en esa opción, el chico llevaba maletas y estaba cerca de mi casa...

No, imposible, el invitado no llegaría hasta por la tarde.

No puede ser él.

(...)

Llego a mi casa y me encuentro agarrando el pomo con temor.

Esto resulta ridículo, ¿por qué tengo que sentirme así?

Es mi casa.

Si es el mismo chico, él se amoldará a mis normas, no yo a las suyas.

Él es el invitado no yo.

También puede ser que algo allá arriba se apiade de mí y me haga el gran favor de que sean personas distintas.

Que mi invitado sea maravilloso, dulce, agradable y sepa cocinar. No sea una molestia y seamos incluso...

Una horrible visión, interrumpe mis divagaciones mentales, una vez que abro la puerta y entro.

No, no puede ser, ¿que he hecho yo para merecer esto?

Está claro que no hay nadie que se quiera apiadar de mí y me han puesto a este idiota en el camino, peor aún, en mi casa.

—Tú... — es lo único que logro vocalizar cuando veo su cara burlona. Esa cara que tantas ganas tengo ahora mismo de golpear.

¿Se está riendo de mi?

Niveles de furia suben dentro de mí alarmantemente.

La puerta sigue aún abierta cuando mi madre sale de la cocina y se pone a mi lado.

—Mare, ¡has llegado!. ¿Por qué no cierras la puerta?— dice cerrándola ella misma—. ¡Uy!, ésta hija mía. Bien, ¿te has presentado?

Sigo mirando al chico estúpido, mientras mi madre no para de preguntarme cosas a las que apenas presto atención, por que el idiota que tengo frente a mí, se está partiendo de risa al ver mi cara. Lo que claramente, mi madre no nota.

Me acerco y extendiendo mi mano, él la mira un rato, e ignorándola, decide rodearme con sus brazos.

Un abrazo en el que siento todo su cuerpo presionado contra el mío. Intento soltarme pero él es más fuerte, se acerca más y me susurra en el oído.

—Cuando vi esta mañana, tu foto en el salón, no podía esperar a que llegaras a casa. Cuando mi padre me dijo que viviría aquí, pensé que sería mortal, pero después del encuentro de esta mañana con una chica

explosiva y ver que viviré con ella...— suspira en mi oído, provocando que todo mi cuerpo se estremezca.

—Bueno debo terminar la comida—, dice felizmente mi madre, abandonando la sala camino a la cocina.

+ No mami.. no nos dejes

Éste chico es un lobo con piel de cordero—, pienso aún mirando el lugar donde estaba mi madre parada, instantes antes.

Cuando vuelvo a mirar al chico, éste sonrío y vuelve a susurrar en mi oído.

—Sé que no me decepcionarás, vamos a pasárnoslo muy bien—. Cuando me dispongo a mandarle a la mierda, abre la boca y muerde el lóbulo de mi oreja, mandando miles de sensaciones por todo mi cuerpo. Las piernas me tiemblan, las manos pierden fuerza y dejo caer las llaves que tenía en mis manos.

El idiota, del que aún desconozco el nombre, me sonrío con malicia una vez que suelta mi oreja de entre sus dientes.

Roza sus labios con los míos acariciándolos, pero no me besa porque levanto a tiempo la rodilla, dirigiéndola a su punto débil, que con un hábil movimiento, esquiva.

Se le escapa una carcajada súper linda.

+ ¿Qué estás pensando?—, me regaña mi voz interna —el tío se está riendo de ti.

—También de ti.

+ No estoy segura de eso.

—Idiota tú eres yo.

+.....

—No contestas ¿eh?

—Esto va a ser divertido, por cierto, me llamo Ethan.

—Mare— respondo sin pensar.

—¿Mare?

—Mar, pero me llaman Mare—. Aclaro

—Mmh— dice aún rodeándome con sus brazos, a lo que no sé, ni pregunten, por qué no me resisto—. Bonito nombre.

Me da un beso en la mejilla, me suelta y hace el camino hasta las escaleras, dejándome apoyada contra la pared. Me dejo caer por ella y me siento en el suelo.

No puede ser, de todos los niños ricos, descerebrados y sexis...

¿Porqué me toca convivir con el perverso?

Capítulo 2

El idiota que vivirá en mi casa

Mare

Subo a mi cuarto como alma que lleva el diablo, tenía que pensar en otra cosa, cualquiera, pero que no fuese ese chico.

Me cambio de ropa por una de deporte, un sujetador deportivo gris, pantalones del mismo color y unas zapatillas blancas. Salir a correr es la mejor alternativa que se me ocurre, para no pensar en lo que acaba de pasar.

Agarro mi botella y la lleno en el grifo de la cocina, bajo la escrutadora mirada de Ethan, quién no aparta la vista de mí. Noto cómo sigue todos mis movimientos y me devora con la mirada, a lo que hago caso omiso o, por lo menos, eso intento.

Entra mi madre a la cocina justo cuando estoy terminando de cerrar la botella, llena de agua fresca.

—¿Vas a salir a correr?

—Si, ¿por, me necesitas para algo?

—Mm, pensé que podrías ayudar a Ethan con sus cosas y ya os conocíais mejor—. Explica rápidamente mi madre.

Niego con la cabeza sin dudar, eso es justo lo que no quiero hacer en este preciso momento, «conocerlo mejor» y menos si eso implica estar a solas con él.

—Estoy segura...— digo mirando a Ethan—, que él solito podrá perfectamente poner en orden sus cosas en su cuarto, sin que necesite que lo ayude. Ya es grandecito.

—No sabes tú cuanto— su, para nada inocente comentario, lo acompaña con una sonrisa lasciva, que me hace enrojecer. Me pongo nerviosa y un temblor extraño, recorre mi cuerpo haciendo que se me caiga la botella de las manos. Él se agacha al momento, al igual que yo — sí que eres torpe—. Dice agarrándola del suelo.

Se levanta y extiende el brazo hacia mí pero no me da la botella. Percibo de fondo como mi madre dice que debe ir a hacer algo. No le presto mucha atención, toda ella está puesta en este chico de ojos grises, quien me mira de forma extraña. Esperando.

+¿Esperando qué?— dice mi pequeña y follonera, voz interna.

—No lo sé, solo me mira y me está poniendo de los nervios.

Decido alargar mi brazo y agarrar la botella, para mi sorpresa, no encuentro ningún tipo de resistencia en él.

Con un sentimiento de victoria que hincha mi pequeño corazón, me dispongo a atravesar la puerta de la cocina pero Ethan me alcanza y se interpone en mi salida.

—¿Disculpa?— le digo intentando pasar.

—Claro que te disculpo—. Se está riendo de mí, lo que no ayuda a que me mantenga calmada.

—Quítate de mi camino. ¡Ya!—. Le empujo.

—¡Menudo carácter!— exclama entre carcajadas. Se aparta y me deja salir finalmente de casa.

Salgo de casa y cierro la verja tras de mí. Después de estirar comienzo a correr.

Tras media hora de carrera, noto cómo mi corazón bombea a un ritmo acelerado. Mi cuerpo palpita con cada movimiento y siento como se reactiva mi circulación, dándome un empujón de adrenalina que hace que apriete el ritmo de mis pies y corra más rápido. Cuando llego a un pequeño riachuelo oculto en medio del bosque, decido volver, al ver que pronto sería la hora de la cena.

Cuando llego a casa me encuentro a Ethan y a mi madre en la cocina, sentados en la mesa tomando café.

Entro a la cocina y bebo de un trago la botella casi por completo. Siento la mirada de Ethan sobre mí.

—¿Qué tal la carrera?— pregunta mi madre.

—Muy bien, he cambiado de ruta y he descubierto un pequeño riachuelo.

—¿En serio?— pregunta sorprendida mi madre.

Asiento y murmuro un rápido «me voy a la ducha».

Entro al baño, me deshago de la ropa sudada y abro la ducha. Me meto bajo la lluvia artificial del baño y el agua fresca recorre mi cuerpo, relajando mis músculos tensos después de la larga carrera.

Casi treinta minutos debajo del agua fresca de la ducha después, me enjabono y enjuago mi pelo y finalmente cojo una toalla, la enrolló en mi cuerpo y salgo del baño.

Cuando entro en mi cuarto, una silueta, sentada en mi cama, me sobresalta.

—¿Qué haces aquí?— pregunto exaltada.

Capítulo 3

La toalla y el espectacular beso

Mare

Cuando entro en mi cuarto, una silueta, sentada en mi cama, me sobresalta.

—¿Qué haces aquí?— pregunto exaltada.

—La cena ya casi está lista—. Dice levantándose de la cama—. Tu madre me ha dicho que te avise—, se acerca a mí peligrosamente y me agarra de la cintura. No aparto la mirada de sus intensos ojos en ningún momento. Un leve roce me avisa de que ya está demasiado cerca para alejarlo y mi cuerpo reacciona a él, con demasiada facilidad.

Me está besando, no lo creo, ¿cómo sucedió esto? — pienso.

+ Y qué beso...

Me está besando, un beso demandante. Devora mis labios como si estuviese hambriento de ellos, pero a la vez siendo dulce y lento. Gotas perdidas de mi pelo, aún mojado, se deslizan hasta sus mejillas y chocan suavemente contra mi mano, que se encuentra en su cara, acariciándolo de forma lenta. Busca acceso a mi boca con su lengua, lamiendo y mordisqueando mis labios tentativamente. Mientras, su mano comienza a perderse bajo la toalla, el único trozo de tela que me tapa ahora mismo y le doy acceso total dejando que explore cada centímetro de mi boca con la suya. Nuestras lenguas se acarician por última vez, antes de romper el beso, en busca de aire.

Mi razonamiento está nublado por este sexy chico que besa como un dios. Sé que esto no es correcto, sé que me debo apartar de él, lo más rápido posible, es decir, es un idiota, nuestro primer encuentro lo dejó

claro. Sin olvidar que vivirá en mi casa, no sé aún por cuanto tiempo, si esto solo es un juego para él, si se está riendo de mí, tendré que aguantarlo bajo mi mismo techo, sin quejarme, viéndolo todos los días. Y lo peor de todo, mis padres no se pueden enterar, eso haría la situación aún más incómoda.

Pero nada de eso importa, cuando me mira con esos ojos, en los que me pierdo con demasiada facilidad. Nuevamente, se acerca a mí, uniendo nuestros labios. Esta vez el beso contiene más pasión, tanta, que hace arder cada centímetro de mi piel con su mero roce. Noto un ligero tirón y me siento más descubierta, desprotegida y un escalofrío recorre todo mi cuerpo. Al notarlo Ethan se acerca más a mí, cubriéndome con su cuerpo, proporcionando un calor reconfortante. Me apoya aún más contra la pared, lo que hace que me pierda más en él, su intenso y dulce olor inunda mis sentidos, mientras que acaricia mi cuerpo.

De repente, se aparta sin dejar de agarrarme por la cintura, acerca su boca a mi oído, en un movimiento seductor y susurra, «nos están esperando». Se aparta de mí y vuelvo a sentir el frío que produce la ausencia de su cuerpo contra el mío. Abre la puerta pero antes de salir de la habitación se gira hacia mí, desliza lentamente su profunda mirada, de arriba a bajo, por todo mi cuerpo.

Siento como aflora, un ligero rubor por todo mi cuerpo, según su mirada me analiza detenidamente. Lentamente una comisura de su deliciosa boca, se inclina hacia arriba, mostrando un pequeño hoyuelo más que tentador. Veo que me está diciendo algo, sus labios se mueven pero mi mente se encuentra perdida, yo, me encuentro perdida, totalmente perdida en Ethan.

—Mare —me nombra, llamando mi atención.

—¿Si? —pregunto en un susurro apenas audible.

—Deberías taparte, te puedes resfriar.

—¿Qué? —pregunto sin comprender.

Me indica con un leve gesto que mire hacia abajo, y eso hago, viendo mi cuerpo, totalmente desnudo, parada frente a Ethan. Inmediatamente me tapo con mis brazos y doy un pequeño grito para que deje de mirar. Estaba tan embobada, que no me percaté de que en algún momento de nuestro fogoso beso, la toalla se había soltado.

Ethan sale de la habitación riéndose y me giro para coger un pesado almohadón y tirárselo, pero cuando lo hago ya ha cerrado la puerta tras de sí. De manera que choca contra la puerta, deslizándose por ella hasta llegar al suelo, haciendo un ruido sordo. Lanzo un gruñido de frustración y voy hasta mi armario para coger algo de ropa limpia y vestirme para bajar a cenar.

Decido ponerme una camiseta de tirantes azul con estrellas blancas, unos vaqueros cortos azul oscuro y mis chanclas negras. Antes de bajar, agarro el pesado almohadón y me tiro de espaldas a la cama, contemplando el techo decorado con unas pequeñas estrellas que se iluminan por la noche, pensando en una sola cosa. Esa cosa, más bien persona, tiene nombre. Ethan.

Sé que no hace ni un día que está aquí, no puedo esperar conocerlo, saber qué piensa o por qué actúa así, pero no entiendo a este chico. Analizando las cosas fríamente, quizá pueda elaborar una lista.

Primero choca conmigo y aunque es hermoso, tiene un carácter de mierda. Aún no sabía quién era yo, entonces, ¿así trata a los desconocidos? Duh.

Después, descubre finalmente quién soy, y por tanto, que tendrá que vivir en mi casa y en lugar de intentar ser cortés, se ríe de mí y me dice que nos vamos a divertir.

Lo que me deja con un montón de preguntas sin responder. ¿Esto es un juego para él?, ¿yo soy un juego para él?, entonces, ¿le gusta jugar con las chicas? Si es eso, es un mujeriego de lo peor.

La idea de que solo se estuviese «entreteniendo» conmigo, provocaba un horrible sentimiento en mi estomago y una ganas irrefrenables de

vomitara.

Tras todo eso, es seco conmigo.

Para luego encontrármelo en mi habitación y que me dé el mejor beso de mi vida.

Conclusión: ¡no entiendo a este maldito chico!

Después de tanto pensar y llegar a la conclusión de que hacer la lista no ha servido de nada más que provocar, un terrible dolor de cabeza que amenaza con no abandonarme. Y todo por un chico que seguramente ahora está tan campante, sin importarle un bledo la situación, comiendo alegremente la deliciosa comida de mi madre, a una sola planta de distancia de dónde yo me estoy torturando mentalmente, decido bajar.

Cuando llego al salón, comenzamos a cenar. La cena se mantiene en un completo silencio, en el que el tintineo de los cubiertos era su único acompañante. Por lo menos hasta la mitad de la cena, dónde mi madre da comienzo al interrogatorio.

Al parecer, el padre de Ethan es de Estados Unidos y hace años, siendo adolescente, vino a España. Donde conoció a mi padre y se hicieron inseparables. Aprendió rápidamente el idioma, por una joven que conoció, la cual era de Barcelona lugar donde estudiaron en su juventud. Se enamoró perdidamente, tanto, que decidió quedarse en el país y años después siendo fruto de su amor, nació Ethan. Cuando era muy pequeño, se mudaron todos juntos de nuevo a Estados Unidos, donde asistió a los mejores internados a la temprana edad de diez años, de los que, posteriormente fue expulsado por su comportamiento una vez cumplidos los quince. Dónde, supongo, comenzó a ser un fiestero incorregible, e incontrolable para sus padres.

Intento imaginar cómo un padre, se levanta un día y decide entregar a, su único hijo, como un muy «bonito» regalo de, «hace mucho tiempo que no nos vemos viejo amigo», para librarse de él y finalmente, se lo encasqueta a mi familia.

—¿Cómo se encuentra tu padre, Adam está bien? —le pregunta mi padre a Ethan, haciendo que vuelva a prestar atención a la conversación.

—Ocupado pero sano—. Se limita a contestar, lo que me parece una respuesta sumamente extraña.

Miro a Ethan mientras responde, de manera corta, a todas las preguntas que le hacen mis padres. Me fijo atentamente en su expresión, que lejos de ser, la expresión relajada, que tenía hace apenas treinta minutos en mi cuarto o la arrogante y divertida que acostumbra a tener, desde el primer momento que nos vimos, esta mañana, ahora se encuentra ligeramente tensa. Sostiene en su hermoso rostro, una sonrisa que de lejos, se nota que es totalmente forzada, algo que parece no notar mis padres. Su mirada está perdida en algún punto y al mismo tiempo, ninguno en concreto. Como si viese algo a lo lejos. Me da mucha ternura verlo así y sin saber porqué ni planteármelo dos veces, un instinto de protección me arrastra, a hacer un intento para cambiar el curso de la conversación, a otra que no le incomode tanto.

—¿Cómo es Estados Unidos?—, Ethan me observa con una mirada completamente distinta. Vuelve a estar calmado al escuchar mi voz por primera vez desde que comenzó la cena. Me dedica una pequeña sonrisa que quita de inmediato, lo que me hace pensar que la reserva solo para mí. Un tonto pensamiento que hace que me sonroje. Lo que es aún más absurdo, ya que, no nos conocemos.

+ Ya. No os conocéis..., pero le besas —dice una parte de mí.

—Tú cállate, no ayudas.

+ Entonces, tú, no ayudas. Querida somos la misma.

—Bueno, déjalo ya, ¿quieres? Además, ¿he de recordarte que él nos besó?

+ Y ninguna le paró—. Admite.

—¡A eso quería yo llegar!.

+ Está bien, me declaro culpable.

La mirada que me lanza Ethan, dice alto y claro que ha deducido cual ha sido mi intención con esa pregunta, y me mira agradecido.

—La verdad es que es precioso, y la vida nocturna genial—, me mira fijamente—pero, aquí hay algo que no hay allí—. Dice abrasándome con la mirada. Una sonrisa pícaro baila en sus labios.

Me atraganto con el último trozo de pollo que me había metido a la boca. En seguida mi madre viene hasta mí, con un vaso de agua y me da ligeros golpecitos en la espalda. Cuando me recupero, les digo que he terminado y que subo a mi cuarto, tengo que evitar, en la medida de lo posible, que éste chico vea lo mucho que me afecta, lo que dice, lo que hace, todo él.

—Aún es pronto, Mare, ¿ya subes?, nuestro invita...

—No se preocupe por mí señora—, interviene divertido Ethan.

—Oh, no me llames señora, llámame Rosa—, dice mi madre girando de nuevo hacia dónde está sentado Ethan.

—Bien, Rosa —dice Ethan conteniendo una risa. No sé porqué, pero me parece que lo descubriré pronto y no me gustará hacerlo—, déjala subir, tiene mucho en qué pensar. Lo que ha sucedido no te dejará dormir esta noche—, dice sin despegar la vista de mí, esperando a que reaccione.

—¿Qué ha pasado?—, pregunta mi madre.

La miro con desesperación, poniendo mi cerebro a trabajar a marchas forzadas, para busca una buena respuesta, que no levante sospecha alguna y evitar hablar del tema del beso en mi cuarto. Miro con odio a Ethan, quién observa la escena divertido, no puedo creer que me ponga en ésta tesitura.

+ Yo sí me lo puedo creer —comenta mi voz interna, que parece acudir sólo, en los peores momentos y sólo para incordiar —recuerda que no lo conocemos—. Apunta.

—Entonces, ¿me enseñarás ese estanque del que has hablado antes? —pregunta Ethan, evadiendo la pregunta que ha hecho mi madre, lo que parece no importarle en absoluto. Estoy tan concentrada en mi madre,

viendo cómo es que le ha dejado evitar su pregunta, que contesto por acto reflejo con un leve movimiento de cabeza, sin llegar a oír del todo la pregunta. —Perfecto—, dice Ethan.

Lo miro.

—¿Qué?, ¿a qué he accedido? —rebobino mentalmente la conversación, para descubrir a qué he accedido.

+ Despierta idiota, le has dicho que irás con él al estanque, solos—. Hace énfasis en la última palabra.

—¿Qué?

+ Exacto.

—Te despertaré mañana a las ocho para desayunar—, dice Ethan, extrañamente contento, de pronto.

—Mañana es festivo —protesto.

—¿En serio?, no sabía —es increíble, ¿se atreve a reírse de mí? —así tendremos más tiempo para disfrutar, podemos nadar y pasar el día—, completa la frase —si pasa algo, estamos cerca de casa—. Un extraño revoloteo comienza en mi estómago, al ver que se refiere a mi casa como suya, y toda protesta muere de inmediato en mi boca.

—Perfecto —apostilla mi madre—. Buenas noches cariño—, dice mi madre abrazándome y me da un beso.

Subo las escaleras, camino a mi habitación, no sin antes dar una última mirada a Ethan, quién no despega la suya de mí, hasta que desaparezo cerrando la puerta de mi cuarto tras de mí.

Me tumbo en mi mullidita cama y me lamento al darme cuenta, de que Ethan tenía razón, esta noche no dormiría mucho pensando en aquel maravilloso beso. Me quito la ropa y me pongo el pijama, para al menos, estar cómoda cuando vuelvo a tumbarme en la cama. Ésta vez tapada con las sábanas hasta arriba. De pronto, una pregunta ronda mi cabeza de manera incansable.

¿Qué quiere éste chico de mí y por qué me afecta de esta manera?

Capítulo 4

Asalto, ¿qué haces en mi cuarto? Parte 1

Mare

Un pequeño quejido de alguna puerta cercana me despierta, pero la ignoro y continuo durmiendo. Estoy tan cansada...

Escucho pasos a lo lejos, ¿a lo lejos...?, antes de terminar de plantearme si son pasos lejanos o cercanos vuelvo a adentrarme en el sueño. Percibo un leve hundimiento en mi mullidito colchón, antes de dormirme completamente.

Una sensación cálida me abraza, quiero estirar los brazos y hundirme más en ella, pero algo me lo impide y continuo en la misma postura. Pasado un rato oigo una especie de gruñido masculino y todas mis alarmas se ponen en marcha.

¿Qué es esto?, mierda no me puedo mover.

Levanto la cabeza y me asomo para ver, por qué demonios no me puedo mover y alcanzo a ver como un brazo me rodea desde atrás la cadera. Intento zafarme de su agarre, no está aplicando mucha presión, pero desde esta postura me es imposible tener más fuerza y me encuentro totalmente presa por un musculoso cuerpo, que supongo que es de Ethan. Nada más pensar en ello, su cuerpo, de nuevo contra el mío, su calidez... Un calor recorre todo mi cuerpo y se instala, sin permiso, en mis mejillas. ¡Qué corte!

+Sí, sí. Corte, seguro. Estabas deseando que se volviese a acercarse desde el beso de anoche.

— ¿Por qué siempre andas estorbando?, así no ayudas.

+No, pero al menos digo la verdad.

— ¿Y eso a quién le importa?, a ver, dime.

+Importa para nosotras, debes admitir lo que sientes. Lo que sentimos.

— Yo no siento nada por él, lo acabo de conocer.

+Y nos vuelve locas...

— Eso no es cierto.

+Sigue diciéndote eso bonita, pero no lo hará verdad.

— Cállate ya.

+Está bien jefa.

Uff....

Como puedo, me giro y veo algo que jamás esperaba ver. Ethan tiene una expresión adorable mientras duerme, como si justo aquí, donde está, en mi cama conmigo, fuese su lugar preferido del mundo.

Aprovecho para analizarlo con detenimiento, y la verdad es que lo único que me viene a la cabeza es, que después de crearlo, rompieron el molde. Seguro.

Ethan es físicamente perfecto, además de encantador y devastadoramente guapo. Su bien formada mandíbula que, usualmente está en tensión, ahora se encuentra totalmente relajada y se puede apreciar mucho mejor sus facciones faciales al completo.

Sus altos pómulos, su alargada y fina nariz, como si de un ángel se tratase. Sus largas y abundantes pestañas, que enmarcan esos atrayentes ojos grises, que ahora se encuentran sumidos en un profundo sueño. Por último pero no menos importante, sus carnosos labios, que ahora se encuentran entre abiertos.

Su cálido aliento, choca contra mis labios y eso hace que me acerque más a él. Irremediablemente, ahora mismo mi cerebro no coordina con mis actos, lo sé, pero no me importa. Desde que chocamos camino al instituto, he querido besar esos labios y que lo vean los preciosos ojos grises de su dueño.

Anoche los probé por primera vez, y se convirtieron en una droga a la que, sin duda, me he vuelto adicta con solo una probada. Nuestros

alientos se entremezclan debido a nuestra cercanía, mi pulso se acelera cada vez más. Mi corazón late como loco, como si quisiera salir de mi cuerpo. Cada vez soy más consciente de la realidad que me rodea, esa sensación cálida, en la que me sentía tan cómoda era la calidez del cuerpo de Ethan. Su cuerpo desprende fuego, un fuego que me empuja más a él, a quemarme con su cuerpo, pero igual no existe miedo en ninguna molécula de mi ser, ya que si me abraso en las llamas, lo haría feliz si fuesen las suyas.

Su roce cada vez es más claro, su estómago descansa contra el mío, en un movimiento leve debido a su tranquila respiración, lo que resulta ser un gran contraste con la mía, que se encuentra agitada debido a su cercanía. Su pecho se encuentra contra el mío y su brazo descansa en mi cadera, rodeando todo mi cuerpo y pegándome más al suyo. Lanzo un suspiro cuando noto algo que no esperaba sentir y me lanzo a darle un beso.

Justo cuando rozo nuestros labios y me dispongo a besarle, sus ojos se abren y me mira fijamente.

Capítulo 5

Asalto, ¿qué haces en mi cuarto? Parte 2

Mare

Justo cuando rozo nuestros labios y me dispongo a besarle, abre los ojos y me mira fijamente.

Esos ojos grises que adormilados, los encuentro aún mas bonitos, tanto que no puedo apartar la vista de ellos. Veo como algo brilla en su mirada, ¿picardía?, y en ese momento me doy cuenta que una perezosa sonrisa, se ha instalado en la cara de Ethan. Me alejo un poco de él.

—Sé que soy apetitoso, pero al menos podrías esperar a que esté despierto para atacar.

Sé que ahora mismo debo estar roja como un tomate, por que su necia sonrisa se ensancha aún más, si eso es posible y me invaden una inmensas ganas de borrarla de un guantazo, pero me contengo.

—¿Qué dices?, esa debería ser mi frase, te recuerdo que ésta es mi cama y no te invité a que te acostaras en ella.

—¿En serio?—pregunta conteniendo la risa, lo noto en su voz cuando continúa—, yo estoy bastante seguro que este es mi cuarto.

—Pues yo estoy bastante segura de que es el mío —, digo siguiéndole el rollo.

—¿Segura?—, pregunta serio nuevamente.

—A ver, déjame que piense—toco mi mentón haciendo como que recapacito sobre el asunto y me gano una carcajada de su parte—, veamos—, recorro mi habitación con la mirada—sí, segura.

—Pues, entonces me habré perdido.

Le miro con fingida sorpresa y a modo de burla le digo.

—Pues, tu orientación es de pena.

—Yo no creo eso—. Susurra provocativo, acercándose más a mí.

—¿Seguro?—, esta vez soy yo la que pregunta y me acerco más.

—Seguro—, rompe por completo la distancia que separa nuestros labios, roza los míos con los suyos y cierro los ojos lentamente.

Cuando creo que va a profundizar el beso, se levanta y antes de abrir los ojos, oigo la puerta de mi cuarto cerrarse suavemente. Un sentimiento de decepción me inunda cuando caigo en la cuenta de que se ha ido, junto con una especie de vacío que es reemplazado, rápidamente, por un cabreo monumental.

No me creo lo que acaba de hacer, se ha ido dejándome con ganas de un beso.

¡Maldito idiota!

Miro la puerta con rencor, como si del mismo imbécil se tratase y pudiese hacerle daño con la mirada. Lanzo un gruñido de frustración y estampo la cara contra el colchón, me coloco la almohada sobre la cabeza y me quedo un rato en esa postura.

Unos golpes resuenan contra mi puerta y de detrás de ella proviene la voz que ahora mismo odio.

+No lo odias—. Canturrea mi conciencia alargando las sílabas.

—Cállate maldita sea, estoy harta. Vienes en el peor momento, ¿se puede saber de qué parte estás?

Le grito a mi maldita voz interna, siempre inoportuna.

+De la tuya por supuesto.

—¿Si?, pues no lo parece, déjame tranquila un rato, si no dices nada productivo.

+Perdona, si te ayuda... haz a ese tipo que sufra un poco.

—Como si eso fuese tan fácil...

—Mare... prepárate nos iremos al estanque a nadar.

—No quiero—. Me limito a contestar. En su tono de voz no percibo burla alguna, pero se me han quitado las pocas ganas que tenía de nadar

con él.

—Venga, he hecho algo que te va a gustar.

No respondo.

—Te está esperando en la cocina.

Un rico olor llega a mi nariz, debo reconocer que huele genial, pero sigo en las mismas y no respondo.

—Venga, no me ignores Mare, por favor, nos lo vamos a pasar bien.

No respondo.

—Te he hecho el desayuno, frío no vale nada.

No hay respuesta.

—Me estoy disculpando, venga, me he pasado, perdón...

Dejo pasar un poco de tiempo, antes de contestar, tengo que hacer sufrir algo al chico. Para un consejo bueno que me da mi conciencia, tendré que seguirlo.

—¿Y qué es eso que debo perdonar?

Una grave carcajada flota a través de la pared de mi habitación, llegando alta y clara a mis oídos, que disfrutan de ese sonido en particular. Enseguida se recompone. Ethan sabe por dónde voy y lo que quiero conseguir de él. Escucho un carraspeo.

—Perdóname por irme, dejándote con las ganas.

Lanzo un chillido de indignación, mientras que me incorporo en la cama, mirando a la puerta aún cerrada. En respuesta, lo único que recibo es una carcajada de su parte.

—Así vas mal, King—le digo, sé que odia que lo llamen por su apellido, anoche en la cena, cada vez que mis padres mencionaban su apellido, arrugaba un poco la nariz. Mis padres no parecieron notarlo pero me fijé en ello.

Escucho un gruñido de su parte y sonrío por frustrarlo, como él había hecho conmigo.

—Perdóname, por irme antes de besarte. Yo...

Abro la puerta sin dejarlo terminar, podría haber esperado y escuchar lo que me quería decir, pero creo que lo he hecho sufrir bastante y sí que quiero estar a solas con él.

—¿Seguro que lo pasaremos bien?, —pregunto haciendo referencia a lo que ha dicho antes.

Una enorme sonrisa aparece en su hermoso rostro.

—Nos lo pasaremos en grande nena.

Capítulo 6

El juego de provocar

Mare

Bajo las escaleras con Ethan siguiendo mis pasos. Sostiene mi mano desde que hemos salido de mi habitación y se mantiene en silencio, cuando llegamos a la puerta de la cocina la suelta. De nuevo una sentimiento de decepción me invade y muchas preguntas. ¿Por qué me suelta?, ¿por qué me la ha tomado en primer lugar?, ¿por qué fue a besarme y vino a mi cama?, ¿por qué no completó nuestro beso, hubiese sido el... tercero? y sobre todo, ¿por qué ese sentimiento de decepción. Nosotros no somos nada.

Me siento en la mesa de la cocina, frente a un plato en el que encuentro dos tostadas con mermelada y un vaso de zumo. Aunque no es gran cosa, me hace cierta ilusión, ya que, esta es la primera vez que un chico me prepara el desayuno.

Ethan se sienta en frente y come su desayuno en silencio. Su plato contiene lo mismo que el mío y de vez en cuando lanza alguna mirada que solo yo percibo. Ya que se encuentran mis padres en la sala, es algo que agradezco con el alma.

Cuando terminamos nuestro desayuno, vamos cada uno a nuestro cuarto a por el traje de baño.

—Las demás cosas ya están preparadas y se encuentran en la puerta— me informa mi madre. Le doy las gracias, un beso a mis padres y subo a prepararme.

Me estoy terminando de atar la parte de arriba, cuando noto que mi pelo se ha quedado enganchado. Intento desenganchar el mechón, pero

solo lo empeoro. Noto un fuerte dolor y me arde un poco la raíz del pelo. Justo en ese momento, oigo la puerta de mi habitación abrirse.

—¿Tú nunca llamas a la puerta?—, pregunto casi gritando cuando giro y descubro a Ethan, apoyado en el marco de la puerta con gesto divertido.

—¿Y perderme las mejores partes?—, le lanzo una mala mirada en forma de advertencia. Que ni se le ocurra reírse, cosa que capta, para su suerte.

Observa un rato más cómo lucho contra el enganche, para soltarlo sin romper la parte de arriba. Cuando no soporto más la manera que su mirada se clava en mi piel, como si quisiera ver más allá de ella, lanzo un gruñido de frustración, él se ríe y se acerca a mí.

—Gírate—, susurra en mi oído, provocando que me estremezca por el choque de su cálido aliento contra mi piel desnuda. Viendo que no hago lo que me ha pedido, pone sus manos en mis caderas y me hace girar suavemente—. Yo te ayudo.

Noto cómo está desenganchando el mechón de pelo de la cuerda del bikini, tras un momento lo logra, ya no noto como si estuviesen tirando de mi pelo y es un alivio. Lejos de apartarse de mí, una vez que lo ha desenganchado, su mano traza círculos invisibles en mi hombro, que incitan a una serie de actividades sumamente interesantes.

Un suspiro de placer se escapa de mis labios cuando comienza a dejar una estela de besos, desde mi hombro derecho hasta la oreja. Susurra un «ya está» y atrapa el lóbulo de mi oreja con sus dientes.

Me sostiene por los hombros y el tacto de sus manos contra mi piel, me incendia a fuego lento, poco a poco, sin prisas, pero con una llama tan potente que puede reducir todo a cenizas. Hace que gire, se acerca a mi boca con una media sonrisa colocada en su rostro. Sus labios se mueven mas no para besarme sino para pronunciar un «vayámonos», y entonces me suelta. Gira hacia la puerta y antes de cruzar el umbral me mira, un

brillo juguetón en sus ojos, me hace ver que está disfrutando de torturarme así, que es su juego.

Alcanzo la almohada y se la tiro, dispuesta a estamparla en su cara, pero éste la esquivo en el último momento y sale de mi habitación muerto de risa.

+Éste chico no sabe lo que ha hecho.

—Pero se va a enterar. ¿Quiere jugar a provocar?, bien a este juego sabemos jugar ambos.

Capítulo 7

Salida al lago

Mare

Cuando salimos de casa con las mochilas preparadas con toallas, un poco de comida y agua en cada una de ellas, comenzamos nuestro camino hasta el lago en silencio.

La suave brisa eleva mi cabello, haciendo que azote mi cara. Una vez que llegamos al lago lo recojo en una coleta alta, para mayor comodidad. Dejamos las mochilas en el suelo y comenzamos a desprendernos de nuestra ropa. Mi mirada se desliza sin cautela por sus marcados abdominales, aprovechando el instante en que se quita su ajustada camiseta e inevitablemente me muerdo el labio inferior. Me doy cuenta de que he sido pillada infraganti cuando escucho su risilla baja, lejos de avergonzarme lo miro mientras humedezco mis labios. Veo como sigue con su mirada atentamente, el recorrido que traza mi lengua por ellos y traga duro. Ahora soy yo a la que le escapa una pequeña risilla y procedo a desvestirme por completo, dejando a la vista mi biquini color verde intenso, que hace resaltar mis ojos marrones.

Descubro a Ethan mirando en mi dirección con una sonrisa de medio lado en su rostro.

—¿Qué admirando la vista?—, le pregunto burlona.

—No lo niego—, contraataca con semblante serio, mientras que sus ojos oscurecidos, retoman el análisis de mi cuerpo detenidamente. Ahora si noto un leve calor que recorre todo mi cuerpo y seguro que estoy como un tomate.

Cojo carrerilla y me lanzo al lago haciendo una bomba. Ethan imita mi acción y nos encontramos cara a cara bajo el agua. Contemplo como su pelo flota bajo el agua dejando una pequeña estela, es la imagen más hermosa que podría imaginar. Lo miro un instante más, antes de comenzar a subir a la superficie en busca de aire. En mitad del camino, noto como unos fuertes brazos rodean mi cintura y tiran de mi hacia abajo suavemente. Veo esos preciosos ojos grises y unos labios chocan con los míos con rapidez, estoy perdida, total y completamente perdida en sus labios, es como tocar el cielo con los dedos. La necesidad de tomar aire me tienta por un instante, a abandonar ese pequeño momento de paraíso, pero no sería una idea demasiado inteligente, ya que nos encontrábamos bajo el agua. De pronto siento como si algo se deslizase sobre mi piel, ¿nos estamos moviendo?, ¿estamos bajo el agua o en la superficie?, son preguntas a las que no encuentro respuesta, ya que en este momento me siento como si estuviese volando. Un rayo de sol choca de pronto en mi rostro y lentamente me separo de Ethan y doy una respiración profunda. Cuando finalmente abro los ojos, veo que Ethan se encuentra en el mismo estado que yo.

Su respiración continua agitada, sus ojos expresan deseo, tiene la piel erizada y podría jurar que escucho claramente, desde dónde estoy frente a él, los frenéticos latidos de su corazón, como tal vez él escuche los míos. Sus labios enrojecidos por la presión de nuestro desenfrenado beso, como por otro lado también debo tener los míos, están entre abiertos, llamándome para volver a ellos.

Ethan que parece leer mi mente, en un ágil movimiento llega hasta mí. Envuelve mi cintura con sus brazos y pega nuestros cuerpos por completo, en una unión que resulta ser tanto placentera como una pequeña tortura. El toque de su cálida piel, ahora húmeda contra la mía, hace que un estremecimiento recorra por completo mi cuerpo. Su pecho en contacto total con el mío, la piel de su estómago acariciando la misma zona, provocando que un cosquilleo juguetón recorra todo mi ser. La

imagen de mi boca devorando la suya viene a mi mente, es raro pero en algún momento, lo ha debido reflejar mi expresión facial, ya que veo a Ethan bajar el rostro un momento. Le miro más detenidamente, acercándome más a él y descubro que esta vez es su turno de sonrojarse. Está desgarradoramente lindo con las mejillas sonrosadas y por un momento noto como mi corazón da un salto en mi pecho.

No aguanto más esto, nuestra lejanía aún cuando nuestra piel está en contacto y nuestros labios están a centímetros de tocarse. La tentación que supone su piel contra la mía, lo que provoca en mí con solo una mirada.

»Estar separada de él y que después de todo, aún no haya roto la pequeña distancia que nos separa, ¿tal vez está esperando que lo haga yo? Lo haría encantada, pero toda esta situación me aturde y desespera, es decir, lo conocí ayer, ¿cómo puede provocarme esto un total extraño?

No soporto más la tortura de tenerlo tan cerca y sentirlo tan lejos y finalmente uno nuestros labios. Al principio la sorpresa hace que no reaccione, mientras lo beso con una pasión que me abrasa a mí misma, pero no tarda demasiado en continuar el beso con la misma intensidad que yo. Es un beso para nada tranquilo, lleno del deseo contenido en estas a penas cincuenta horas que lleva en mi casa. Sus labios son posesivos, exigentes y mientras pide acceso con su inquieta lengua, acaricia todo mi cuerpo con sus grandes manos, hasta que una agarra suavemente mi cintura y la otra la desliza hasta mi nuca, llevándola ligeramente hacia atrás. Entonces detiene el beso para dejar una estela de placer que comienza en mi mandíbula y termina en mi clavícula, en dónde deja una gran cantidad de pequeños besos.

—Deberíamos bajar el ritmo—, susurra en mi oído cuando separa sus deliciosos labios de la piel de mi cuello, ya erizado por completo.

Su aliento choca contra mis labios cuando vuelve a hablar. Me doy cuenta que me he vuelto a perder en su intensa mirada.

—Por favor, si no, no me podré contener más—, dice mirando hacia abajo. Sigo con mi mirada dónde se posa la suya y caigo en la cuenta, mi mano aún está acariciando suavemente su duro estómago y comprendo a qué se refiere. A regañadientes me alejo de él.

Han pasado un par de horas, en las que los primeros diez minutos fueron un tanto incómodos, por haber dejado llegar la situación hasta ese punto. Después de un momento Ethan comenzó a hacer chistes malos, de los que no podíamos dejar de reírnos de lo malos que eran, nadamos un rato y hemos pasado el tiempo entre risas y una conversación bastante cómoda. He descubierto cosas de Ethan que me gustan.

El zurrido de nuestras tripas detiene nuestra conversación por un momento, provocando que nos partamos de risa.

—Vamos a comer algo, parece que hay alguien que tiene hambre—, dice Ethan riéndose.

—Mira quién habla—, le respondo igual.

Ethan sale del lago y me ayuda a hacer lo mismo, cuando llegamos hasta las mochilas sacamos los bocadillos y comenzamos a comer en un cómodo silencio. Cuando he terminado de comer me tumbo en el césped y me desperezó, me lo he pasado genial pero la verdad, es que me duelen los brazos de tanto nadar. Ethan se tumba a mi lado sin dejar de fijar su vista en mí, me pongo de lado imitando su acción.

La mano de Ethan viaja hasta mi hombro, tentándome mientras traza ociosos círculos en el con su dedo índice. Me centro por completo en esa dichosa sensación que hace latir a mi corazón como loco y a mi cuerpo acercarse al suyo en busca de más. Más contacto, más de su toque, más de él, llegando a obviar el canto de los pájaros, que ocupan su función de hilo musical. La suave brisa que acaricia nuestra piel, que se encuentra ardiente de deseo. Me concentro tanto en todo eso que no soy capaz de decir con certeza, cuando abandonó su otra mano mi estómago, dónde se encontraba hace un momento, para desplazarse a la cara interna de mi muslo, dónde ahora hace pequeños movimientos de arriba a bajo.

Precipitándose a mi zona más íntima pero sin llegar a ella, embriagándome con su toque.

Ethan no para de mirarme y yo aparto mis ojos de él, es entonces cuando vuelve a hablar.

—A la mierda—. Gruñe.

Se abalanza contra mí y de manera rápida agarra con una mano mis brazos, subiendo ambos por encima de mi cabeza, apoyándolos en el césped a la vez que ataca mis labios.

Baja la cabeza y besa mi cuello, provocando que pequeños quejidos se escapen de mi garganta. A medida que va bajando por todo mi cuerpo, deja besos húmedos por cada centímetro de él, sin dejar ni un espacio sin la atención de sus labios o sus manos, que van acariciando suavemente dejando una sensación caliente por dónde se desplazan. Besa mis hombros, mi cuello, cada uno de mis brazos, mi pecho, mi vientre. Se desliza hasta mis muslos y los besa delicadamente con una lentitud que resulta una tortura deliciosa, en la que me encuentro perdida.

Algo pasa, no sabría decir el qué, pero un azote de razón llega a mí, aclarando mi enturbiada mente. Pongo fin a esto colocando ambas manos en su pecho y alejándolo de mí un poco.

—Lo siento—, digo en un susurro a penas audible. Siento mi vista un tanto borrosa, los ojos me pican y lucho contra las caprichosas lágrimas que se acumulan en mis ojos, intentando salir.

—No te preocupes—, dice ahuecando mi mejilla con una de sus manos —, alguien tenía que parar esto. Como ya te había dicho, me resultaba imposible ser yo el que parase si esto continuaba—, termina haciéndome reír—. Esta no es la escena adecuada, no para una primera vez—. Me sonrojo—. Vamos a casa Mare.

Me limito a asentir, ya que no me veo capacitada para hablar.

Capítulo 8

Una horrible escena

Mare

Una semana ha pasado desde que fuimos al lago.

Ethan ha estado demasiado raro conmigo, distante. No es que lo conozca desde mucho tiempo, pero después de lo que pasó, no sé, pensé que estaríamos más cerca y tal vez algo más pasaría entre nosotros. No sé. Una parte de mí pensaba que podríamos estar juntos por mucho más tiempo, no hablo de casarnos y estar juntos para siempre. Nada, absolutamente nada en esta vida te garantiza que sea para siempre, pero al menos pensé que duraría más. Algo que solo pensaba yo, seguramente. Por que a pesar de que cuando llegamos del lago se comportaba de una manera tan tierna, me abrió la puerta, me preparó la cena y se coló en mi habitación una vez más, cuando vio que mis padres se habían dormido y no había peligro de ser descubiertos, luego su actitud cambió de manera radical.

Esa noche fue tan bonita, estuvimos viendo pelis en el portátil, yo recostada en su pecho y él envolviéndome con sus cálidos brazos. Cuando nos entró algo de sueño y apagué el ordenador, nos quedamos hablando un poco de su vida, de la mía, lo que queríamos estudiar, ser de mayores y esas cosas, para luego terminar dormidos juntos, abrazados. A la mañana siguiente, despertamos casi igual, solo que yo me encontraba totalmente tumbada encima suyo. Ethan tenía un agarre fuerte al rededor de mí, a pesar de estar dormido, aunque no me hacía daño más bien era como si no me quisiera soltar nunca, como si no quisiera que me alejara. Un cálido sentimiento acaricia mi corazón, cuando recuerdo el momento

justo en el que abrió los ojos y me miró con un brillo especial. Un brillo que se marchitó de manera brusca dos días después, convirtiéndose en algo parecido a... ¿resentimiento?, mandando así todo nuestro avance a la mismísima mierda.

Aún con todo lo que acabo de contar, frente a mis padres, él es gentil y siempre tiene una sonrisa para mi, súper falsa por supuesto. ¿Qué por qué lo sé?, fácil, por que la «alegría» no le llega a los ojos y sobre todo, por que nada más alejarse del alcance visual de mis padres, dicha sonrisa desaparece mostrando un rostro totalmente serio. Sin expresión alguna o peor, una mueca de desprecio, como si quisiera dejar claro que es una vil mentira y que no me lo crea.

Anoche mis padres, se fueron a un viaje por negocios, dijeron que serían unos cuantos días y en seguida supe que serían los más largos de mi vida. Estaría sola con Ethan y por como está el panorama, sé que irá mal. Me despierto y me estiro en mi cama, buscando una manera de hacer que aunque sea haya un poco de paz en casa estos días y se me ocurre prepararle el desayuno. Me levanto y bajo a toda prisa hasta la cocina, intentando no hacer ruido, para no despertarlo, aunque al pasar por su puerta, oigo un murmullo que proviene de su habitación, puede que esté hablando por teléfono.

Diez minutos más tarde y con una mesa, más que decente, preparada con tostadas, zumo de naranja, café y unas magdalenas de chocolate, sus favoritas, subo para avisarle que el desayuno está listo. Cuando llego frente a su puerta, escucho unos ruidos y crujidos, llamo a la puerta pero no recibo respuesta alguna. Extrañada abro la puerta y lo que veo quiebra por completo, cualquier esperanza que pueda tener o haya podido tener, de que lo que decían sobre Ethan no fuese cierto.

Me quedo paralizada, frente a una imagen que amenaza con martirizarme durante un tiempo que no será corto. Una chica, ha traído una chica, a mi casa y conmigo dentro después de lo que pasó o casi pasó

entre nosotros. Y no cualquier chica, sino a Miranda Carlson, la chica más popular, creída y estúpida que pueda existir en mi instituto.

Miranda se encuentra desnuda bajo el cuerpo también desnudo de Ethan, mientras éste no deja de moverse violentamente sobre ella. Gemidos y jadeos inundan la estancia, ni siquiera se han dado cuenta de que alguien ha abierto la puerta y si se han dado cuenta, no les importa a ninguno. ¿He mencionado que Miranda también es la más arpía de toda la secundaria y que me odia?, por supuesto sabe que ésta es mi casa. Una gruesas, ardientes y dolorosas lágrimas se acumulan en mis ojos y se deslizan por mis mejillas. Bajo la mirada, no puedo ver más esta horrible escena, salgo de la habitación cerrando su puerta con un fuerte portazo y me encierro en mi habitación. Antes de cerrar mi puerta, escucho como Ethan lanza un gruñido y me grita.

—Mierda Mare, no nos interrumpas.

Hijo de...

Me cambio de ropa y bajo de nuevo a la cocina para desayunar y salir lo antes posible de la casa. Sí, es mi casa y esa estúpida es la que se debería marchar, pero no puedo ver como esa zorra, vaga por mi casa como si fuese suya. Y está claro que no tiene la suficiente vergüenza como para irse ella.

Cuando estoy por terminar mis tostada y mi vaso de zumo, bajan el estúpido y la arpía. La arpía cruza la puerta de la cocina la primera y alarga sus garras para alcanzar una de las tostada y con una malvada sonrisa en esa cara, que debí golpear hace tiempo, le da un bocado sin abandonar su vista de la mía. La muy estúpida se atreve a hablarme una vez que se traga el bocado. No se atraganta...

—Mare, ¿este desayuno es para nosotros?—, aprieto los labios para no soltar lo que pasa por mi cabeza—, eres muy amable, tenemos mucha energía que recuperar. Ha sido una noche movidita—, dice la asquerosa con una irritante sonrisa, alzando y bajando las cejas.

En ese momento entra Ethan.

—¿Verdad fiera?—, dice acercándose a él y pasando sus garras por su torso libre de camiseta.

Ethan se limita a mirarme con enfado, el mismo inexplicable enfado con el que me mira desde hace días. Lo que hace que mi rabia, que hasta ahora crecía a fuego lento, crezca más y de golpe, con riesgo de salpicar y aniquilar a quien sea que se interponga en mi camino hacia la puerta.

Me levanto y paso por su lado, de un rápido movimiento, se suelta de Miranda y agarra mi brazo para que no siga avanzando. No me lo pienso ni un segundo, y cuando me doy cuenta que mi mano se ha lanzado volando contra su cara, él ya la tiene ligeramente inclinada hacia un lado. Un picor doloroso llega a mi mano y la marca de esta se empieza a notar en su linda cara. ¿Linda?, céntrate Mare, estás cabreada con éste imbécil.

—No te atrevas a tocarme, jamás vuelvas a poner una de tus sucias manos sobre mí—, le digo con lágrimas amenazantes en mis ya irritados ojos. Sin darle opción ni oportunidad de rebatirme, me doy media vuelta y salgo a la calle, donde me recibe una refrescante y bien recibida brisa, enfriando mis ánimos.

Capítulo 9

Una horrible escena Parte 2

Ethan

Nada más salir por la puerta Mare, me giré hacia Miranda, quién me miraba con una sonrisa victoriosa, como si hubiese ganado un premio. No sabía hasta qué punto podría estar equivocada, ella no me importa ni una mierda. Es genial en la cama, pero yo busco algo... más, aunque sé que jamás lo podré encontrar, no se puede fiar en las mujeres. Te dicen que te quieren, captan tu interés, prometen serte fieles y luego juegan y te parten el corazón en pedazos tan pequeños que son imposibles de reunir y juntar para que sane. Se queda para siempre así, roto. Como si no fuese nada más, que un juguete dispuesto a ser roto o desechado después de su uso.

Lo que aprendí hace años, es a usar antes de que te usen, y lo aprendí de la peor manera. Pensé que ya había aprendido lo suficiente como para no cometer de nuevo el mismo puñetero error, pero me equivoqué. Vi a Mare y pensé que era distinta, pero también me equivoqué. Me dio tanta rabia verla con ese tío en la casa, sobre sus piernas y él haciéndole cosquillas, tocándola, como si fuese suya. Mare es mi... pero..., ¿qué estoy pensando? ¿Qué iba a decir?

Mare no es mía y viendo que es como todas, tampoco sé si quisiera que lo fuera.

Fuego hervía en llamaradas de furia candente en el centro de mi pecho, el día que los vi. Solo dos días antes, solo dos, lo habíamos pasado tan bien en el lago. Casi habíamos hecho el amor, casi la hice mía, pero me detuve. Por que pensé que no merecía que su primera vez fuese en el

suelo, sino que fuese especial. Ahora pienso que debería haber continuado, por que después de estar conmigo, nada o mejor dicho nadie se podría comparar con eso, y al final ella solo me buscaría a mí, como todas, pero al menos la tendría.

Días más tarde, ella actuaba como si nada, tal vez por que no sabe que le vi con ese otro tío, o por que piensa que soy tan ingenuo como para no percatarme de ello. Sea por lo que sea, que actuara como si todo fuese bien me cabreó aún más. Nadie juega con Ethan King y se lo tenía que demostrar de alguna manera, sin embargo, no sabía cuál. Entonces llegó el día que dando un paseo, llegué al instituto de Mare y vi lo mal que se llevaba con Miranda.

La chica tenía un cuerpo espectacular que apenas tapaba con un mini short vaquero y un top. Tal como pensé mientras me acercaba a ella, le encanté, ya que no apartaba la vista de mí. Tras un par de días chateando, anoche la llevé a una fiesta que me enteré que hacían cerca de aquí. Una noche movidita después, recibí lo que esperaba, o lo que pensaba que en verdad quería, porque ahora no estoy tan seguro de ello.

Admito que cuando Mare se marchaba y vi que Miranda se quedaba aquí, en su casa, con una sonrisa de satisfacción, mi primer impulso fue agarrar a Mare y sacar de la casa a Miranda. Aunque sólo hice lo primero.

Cuando la agarré del brazo y la hice girar hasta mí, hay algo que me dolió mucho más que la mismísima bofetada que me soltó. Mucho más, y fue ver que tenía lágrimas es sus hermosos ojos color ámbar. Es tan hermosa, me dolió verla llorar y mucho más verla irse de su casa, de su lugar, de mi lado.

Perdido en mis pensamientos, noto como dos frías manos me zarandean, o ¿tal vez sea yo el que se ha quedado helado?

Reacciono y veo a la persona que está frente a mí, Miranda, que está vestida o mejor dicho tapada, solo con una camiseta mía que debió coger antes de bajar, ya que yo no se la he dado.

—Oye, que si quieres, ahora que no está la inepta esa y tenemos la casa para nosotros solos, podemos hacer una repetición de lo de anoche por toda la casa—, dice con una sonrisa coqueta. Acerca su mano a mi torso, pero yo soy más rápido y la agarro de la muñeca con más fuerza de la que pretendía.

—No te atrevas a insultarla, no la llames así, ella es mucho mejor que tú—. Suelto una carcajada dura, por que ahora mismo, siento que la rabia que llevo guardada desde hace días, inunda mi organismo, y tiene un nuevo objetivo, Miranda—. ¿Cuánto tiempo tardaste en venir a mí?, ¿dos días?—, me río sin humor—. Valla, es increíble. Dos días y te entregas a mi toda una noche y aún quieres más. Eso es muy fácil y lo fácil me aburre.

Quiero hacerle tanto daño como ella le ha hecho a mi chica. Sé que ha sido mi culpa por traerla a la casa, pero sentí que era la mejor manera de quedar en empate de alguna manera. Pero al ver como Mare salía llorando de casa, sentí que mi alma se desgarraba y parte de mi corazón, marchaba con ella.

Miranda le había dicho algo mientras yo no estaba presente, no sé el qué, pero estoy seguro de ello. Le devolveré el daño recibido, multiplicado por mil.

—Tienes que irte.

Miranda intenta hablar pero no le doy ni la más mínima oportunidad de hacerlo. Por que la agarro del brazo y la llevo hasta la puerta de atrás y la saco de la casa.

—Entonces ¿te devuelvo tu camiseta?—, pregunta coqueta una vez fuera de la casa.

—Haz lo que quieras con ella, quémala, tírala, no me importa, pero vete ya.

Es lo último que le digo antes de cerrar la puerta en su cara.

Capítulo 10

¿Dónde estás?

Ethan

Han pasado ya varias horas y el cielo comienza a oscurecer, cuando la realidad me golpea en la cara tan fuerte como la bofetada que me dio esta mañana Mare. Son más de la siete de la tarde y la mocosa todavía no ha llegado. No puedo creer que sea así de irresponsable, irse sin avisar a dónde. ¿Y si le pasa algo, como sabré dónde buscarla?

Mierda—grito exasperado.

No, no puedo echar la culpa de esto a nadie más que a mí. Soy un estúpido, pero estoy desesperado. Esa maldita mocosa no se tendría que haber ido así, o quizás yo no debí reaccionar así. Ella y yo no somos nada, ni si quiera sabe que me llamó la atención desde el primer día que la vi.

Cómo me había retado después de que chocase conmigo. Nadie se había atrevido jamás a hacerme eso, retarme de esa manera, por el simple hecho de tener el apellido que tengo, por ser hijo de quién soy.

Miro por..., ya he perdido la cuenta de las veces, en todo el día, que he mirado el reloj para ver la hora que era, las ocho y veinticinco de la tarde y aún no llega Mare. ¿Tanto la he herido?, no lo creo, al parecer ella tiene a otro.

Cojo las llaves de mi coche, las de la casa y una chaqueta para Mare. Hoy dijo el tiempo que sería la primera, de una serie de noches frías, y cuando se fue esta mañana no llevaba ninguna chaqueta encima, debe de estar helada. Cabezota.

Recorro con mi mercedes, las oscuras calles del pueblo en busca de ella. Tras al menos dos horas circulando sin éxito, comienzan a caer pequeñas

gotas de agua, que pronto comienzan a convertirse en una fuerte lluvia.

Veó una silueta femenina a través de la lluvia, que se encuentra sentada en unos escalones, prácticamente tirada en el sucio suelo, bajo una especie de techado intentando refugiarse de la repentina lluvia, sin éxito alguno.

Me parece que es ella, pero no estoy seguro y aún a riesgo de mojarme para nada, bajo del coche en su busca. Una vez que estoy lo bastante cerca de ella, me fijo bien en la hermosa chica que tengo frente a mí y veo que es mi mocosa. Sin pronunciar ninguna palabra aún, Mare alza la vista hasta mí y se queda paralizada, ambos. Sin hacer nada más que permanecer quietos, callados e inmóviles mientras que nuestras miradas se entrelazan la una con la otra, obviando el hecho de que estamos empapados. Alargo mi mano hasta ella en completo silencio y espero, espero a que me la coja, a que se levante o haga algo, pero solo me mira. Tras un momento, estira su mano hasta la mía, cuando ambas manos se tocan, me impresiona lo helada que está la suya.

Tiro de su mano, lo suficiente como para que se levante pero sin hacerle daño. No sé cuánto tiempo habrá estado en esa maldita posición, pero nada más levantarla pierde el equilibrio. Antes de que su lindo trasero toque el suelo, me inclino y la sostengo por la cintura contra mi cuerpo. A pesar de también estar calado hasta los huesos, mi cuerpo guarda más calor, ya que no he estado a la intemperie tanto tiempo como ella.

Una vez que su cuerpo entra en contacto con el mío, noto como sufre pequeñas sacudidas, está helada y a penas se mueve. La siento entumecida, así que paso la otra mano por debajo de sus largas piernas y la alzo. En cuanto llegamos al coche, pongo la calefacción y le coloco por encima la chaqueta que cogí antes de salir de casa.

Nada más llegar a casa, la meto en su cama y le busco muda limpia y una toalla. Le quito la ropa mojada prenda por prenda comenzando por arriba, conforme quito una prenda, seco bien la zona y la reemplazo por otra prenda seca. Cuando está seca y vestida de pies a cabeza, me dedico

a secar su cabello. Mare se resiste, es una cabezota pero no sabe que yo lo soy más. Tras una pequeña disputa, accede a que sea yo quien se encargue y le seco bien el pelo con la toalla.

La insto a tumbarse y la tapo con una pequeña manta que encuentro en su armario.

—Te voy a hacer un café, necesitas calentarte.

—No, tu también te tienes que cambiar, sino enfermarás—. Escucho que sale de su boca a duras penas por su tembleque.

Una sonrisa satisfecha se instala en mi cara.

—¿Te preocupas por mí, mocosa?—. Soy incapaz de ocultar el tono de burla en mi voz, con la última palabra que digo.

—No, para nada—, dice enfurruñada y mirándome con el ceño fruncido. Una expresión que hace que quiera comérmela a besos, una y otra vez hasta que la quite—. Es solo que luego no quiero que digas que te pusiste malo por mi culpa.

Suelto una carcajada, ¡esta niñata!

Salgo de la habitación murmurando un «enseguida vuelvo con tu café». Voy a mi cuarto, me quito la ropa, me pongo muda seca y bajo a preparar café para dos.

Cuando regreso a su cuarto casi cinco minutos después, veo como continua temblando. Esto no funciona—pienso.

Le paso la taza humeante de café, lo que agradece con un asentimiento nada más dar el primer sorbo. Sorbo en el que se le escapa un gemido de placer, al tocar su rosada lengua, ese elixir del cielo que es el café. Una vez que nos lo hemos bebido, dejo ambas tazas en su mesa de noche, pero aún continúan los temblores. Así que le digo que se eche para un lado, lo que hace mientras me mira con incertidumbre. Me tumbo a su lado y paso el brazo por encima de su cintura, acercándola lo más posible a mi cuerpo, que ya ha entrado en calor. Hago que la manta nos cubra a ambos y pasados unos minutos, poco a poco, los dichosos temblores

cesan. Mare al principio no se mostraba conforme, pero al ver que se iba calentando, dejó de protestar e intentar que la soltase.

Finalmente el sueño le gana y se queda dormida sobre mi pecho, que sube y baja a un ritmo vertiginoso por tenerla tan cerca de nuevo. La he extrañado esta semana, su cercanía. Algo que no imaginé cuando mis padres me dijeron que viviría en la casa de esta familia, una de la que no había escuchado hablar en toda mi vida.

La miro mientras duerme, tan a gusto, tan ajena a lo que provoca en mí y sobre todo tan cómoda a mi lado. Ojalá fuese siempre así. Con ese último pensamiento, me dejo llevar por el sueño.

Capítulo 11

Un cálido despertar

Mare

Cuando veo a quién ha sido capaz de meter en mi casa, a quién ha dejado que me hable como quiera, la perra de Miranda...

+Tranquila, puede que no supiese quién es ella, y por tanto ignora que te hace daño.

—No sé que creer.

Solo me viene a la cabeza una gran impotencia por no poder echarla de mi casa.

Él es un invitado de mis padres, por lo tanto, puede traer gente a casa y yo no puedo sacarlos así como si nada. Necesito razones... ¿que si las tengo?, por supuesto, pero no admitiré delante de ese capullo presuntuoso, que estoy enfadada por estar con otra chica.

Han pasado unas cuantas horas y ya comienzo a notar el frío, la verdad es que es pronto para que comience a hacer tanto frío. Recuerdo otra vez lo que pasó en mi cuarto, lo que pasó y casi pasó en el lago, lo ocurrido días después y lo que encontré en el cuarto de ese estúpido mujeriego arrogante de Ethan. No sé porqué, o más bien sí, parezco masoquista, pero no puedo borrar de mi mente ese último recuerdo. Abrasa una y otra vez mis intentos por borrarlo y se aparece de manera nítida, clara, como si lo estuviese viendo frente a mí de nuevo. Una y otra vez sin darme un miserable respiro.

La vista se me torna borrosa y algo pequeño, caliente y húmedo corre libremente por mis mejillas, enseguida descubro que estoy llorando. Por suerte para mí, comienza a llover lo que me permite llorar libremente.

Sin que la gente a mi alrededor, que comenzaban a mirarme raro, se percataran de que algo me pasaba, que estoy destrozada. Ese estúpido, lo aborrezco.

+No lo aborreces, te gusta, no engañas a nadie.

—Cállate estúpida.

+¿Estúpida?, querida yo soy tú.

—Lo sé, y eso soy, estúpida por fijarme en un arrogante y un completo mujeriego. ¿En verdad pensé que cambiaría por mí?, si nada más conocerme me besó, solo era otra más en su puta lista de conquistas, un mero juego.

Quieta en mitad de la acera, mientras que la lluvia no deja de caer, decido ir a refugiarme un poco de ella. Sin éxito, debo añadir. Encuentro unos escalones de un edificio viejo y abandonado. El techo está de pena y a penas cubre parte de la acera, pero me da igual. Ya estoy empapada hasta los huesos, así que me siento.

De pronto como si de una señal se tratase, escucho unos pasos que se acercan a mí, por encima del espeso tráfico que se escucha, el tumulto de coches profiriendo diversos ruidos, niños corriendo con sus madres, bajo sus paraguas para llegar a casa, en dónde estarán calentitos y la fuerte lluvia que no cesa. A pesar de todo ese bullicio, lo que escucho con mayor claridad es el sonido de esos pasos acercándose a mí. En mi campo de visión, pronto aparecen un par de pies, con esas zapatillas de deporte tan conocidas para mí.

Comienzo a alzar la vista lentamente, siempre odié esas escenas en las películas o serie, en las que la protagonista alza la mirada lentamente y diez minutos más tarde se ve quién es la otra persona. Pero ahora mismo era lo único que podía hacer, no sabía de qué otra manera reaccionar al hecho de que esté aquí. Lo imaginaba estando con la miserable de Miranda, juntos y en lugar de eso ha venido a por mí.

Cuando lo tengo plenamente frente a mí, me dedico a trazar sus firmes y duros rasgos faciales con la mirada, queriendo comprobar cien por cien

que era él, que no lo confundía. Me quedo embobada mirándolo por lo que parece una eternidad, y a la vez a penas una fracción de segundo; un instante que se desvanecerá si alguno de los dos habla.

Me tiende una de sus cálidas manos y la miro con desconfianza, cuando decido tender mi mano y tomar la suya, de un tirón me levanta, pero mis piernas no responden.

Estoy congelada, no siento ni un músculo, perdí por completo la noción del tiempo, quizá pasé demasiado tiempo en la calle. No lo sé, pero no siento mi cuerpo y temblores lo invaden. Antes de perder del todo el poco equilibrio o nulo que tengo, veo como Ethan me sujeta con un brazo y me alza con suma facilidad. Entrelazo mis manos en su cuello o al menos eso intento, ni mis brazos me responden e Ethan me aprieta aún más entre sus brazos, contra su duro y cómodo pecho. Pronto llegamos a casa y se empeña en quitar la ropa mojada, secarme y ponerme ropa seca, yo intento hacerlo sola pero no cede.

Cuando ya estoy un poco más caliente, me tomo el café que este cabezota se ha empeñado en hacerme, sin secarse él. A pesar de que me encanta la idea de que sea tan atento conmigo, le he dicho que si se enferma no me culpe a mí. Aunque me angustia la idea de que se ponga malo por salir a buscarme. Sé que es su culpa, para empezar, que yo halla salido con este tiempo, pero no quiero verle mal.

Sorprendiéndome y viendo que no dejo de temblar, se tumba junto a mí y hace que la pequeña manta que sacó del armario, nos cubra a ambos. Estoy tan a gusto ahora mismo y tan calentita entre sus brazos, es un lugar maravillosos que no quisiera abandonar nunca, pero lamentablemente no es el mío. Así que, aprovechando esta dulce sensación mientras dure, y dejándome llevar por lo que siento por este estúpido mujeriego, dejo que el sueño me guíe hasta otro lugar.

Capítulo 12

Un cálido despertar y una nueva pelea

Mare

Cuando abro los ojos, lo primero que veo es piel. Un agradable aroma me envuelve, un aroma que reconozco como el de Ethan. Levanto la cabeza un poco y veo que mi cara se encontraba en el hueco entre su grueso cuello y su hombro. Me giro un poco y veo que me tiene rodeada por ambos brazos, una de sus manos está apoyada en la parte delantera de mi cadera, entre mi ombligo y el comienzo del bajo vientre. Mientras que la otra mano en encuentra bordeando pero sin tocar la parte dónde la espalda pierde su nombre. Vuelvo a mirarlo de nuevo, su cara, su expresión, se ve tan apacible, tan cómodo como yo me encontraba anoche entre sus brazos.

Veo como se remueve y sus párpados se arrugan ligeramente, como si fuese a despertar de un momento a otro. Sin poder evitarlo me acerco a su cara y deslizo suavemente mis labios a lo largo de los suyos, acariciándolos. Ethan abre lentamente los ojos y tarda un poco en enfocarme, pero de pronto sus ojos se tiñen de reconocimiento, y cuando ve lo que estoy haciendo, se convierte en deseo. El mismo deseo que sentiría con Miranda—recuerdo, y antes de que Ethan pueda profundizar nuestro beso, que apenas era un roce, me aparto de golpe y me levanto.

Antes de que pueda dar siquiera un paso lejos de Ethan, me toma de la mano y me hace girar hacia él. Caigo de rodillas frente a él, sobre el colchón, entre sus piernas abiertas. Me da un fuerte abrazo sin darme tiempo a reaccionar.

—Lo siento—. Suena realmente arrepentido.

— ¿Por qué?

— Por... no sé, por traerla, por que nos vieras, por cómo te habló o... quizás por todo, no lo sé, pero no quiero que estés enfadada conmigo.

— ¿En serio te preocupa que os viese?, por que parecía todo lo contrario cuando me dijiste que no os interrumpiera.

— Fui un estúpido, estaba cabreado.

— ¿Por qué? —, pregunto sin terminar aún el abrazo.

— Por qué te vi con ese otro tío y quería que tú sintieras lo mismo al verme con otra—. El rencor tiñe sus palabras, pero también reconozco en ellas dolor.

— ¿Por qué te afectaría a ti verme con otro? —, pregunto expectante por su respuesta.

— ¿Así que no lo niegas? —, evita mi pregunta.

— Responde a mi pregunta —, le insto.

— Responde tú a la mía, mocosa —. Contraataca molesto.

¿Está molesto?, bien, por que yo también. Deshago el largo abrazo y lo miro de frente para volver a hablar.

— ¿Mocosa?, yo te pregunté primero, aquí quien se comporta como un niño caprichoso eres tú.

— ¿Niño caprichoso? —, dice con rabia.

— Sí, eso he dicho —, lucho por mantenerme firme, por que tengo razón y por que no pienso dejar que vea las terribles ganas que tengo, en este momento, de llorar—. Por que a la primera que te enrabetas, vas a tirarte a la primera zorra que se te pasea por delante.

— Yo no.. Uff —, bufa cabreado e intenta recomponerse—. Está bien, sí, me afecta verte con otro, por que me gustas, te pensaba diferente, pero te vi.

— Yo no estoy con ningún chico.

— ¿Me vas a mentir en la cara? —, lanza una carcajada dura.

— Te he dicho que no, no tengo por qué mentirte —, me levanto enfadada y ofendida —, aquí el único que ha tenido algo con otra persona

eres tú, y encima bajo mi techo, en mi casa y estando yo dentro. ¡Qué asco!—. Exclamo antes de alejarme de la cama.

—Ella se fue nada más irte tú..., la eché nada más irte tú—. Rectifica desesperado, agarrando nuevamente mi mano para que no me aleje.

—Nunca debió haber entrado para empezar—, le digo haciendo que me suelte y salgo de la habitación.

Noto cómo viene tras de mí, bajamos las escaleras en completo silencio. Me agarra de nuevo y hace que lo mire, parece dudar pero cuando va a abrir la boca para hablar, se ve interrumpido por el timbre de la entrada.

Abro la puerta y veo a mi hermoso primo José, que nada más verme me rodea entre sus musculosos y tatuados brazos y me engulle en un tremendo abrazo de oso.

Detrás de mí, se escucha un fuerte carraspeo que hace que mi primo se separe de mí y mire en la dirección de dónde viene ese sonido.

—¿Con que no estás con nadie?, ¿ahora quién es la que se tira al primero que se le pasea por delante? Ya veo que aparte eres una mentirosa—. Dice yéndose y dejándome con la palabra en la boca. ¿A caso era mi primo con el que me vio? No, tengo que aclarárselo cuanto antes, se está yendo y seguro irá en busca de la maldita arpía de Miranda.

La desesperación me hace ir, prácticamente corriendo hasta Ethan, pero la mano de mi primo me lo impide.

—No vallas tras él—. Me dice cuando ve que le miro preguntándole en silencio ¿qué haces?

—Se va a ir.

—Que se valla.

—Tengo que explicarle, se irá con Miranda.

—Entonces no te querrá tanto y será mejor que estés lo más alejada posible de él. Pronto se marchará.

Pronto se marchará...Pronto se marchará...Pronto se marchará..., esa dichosa frase cae en mí como un balde de agua helada. Se repite una y

otra vez y hace que deje de forcejear con mi primo para ir tras Ethan.
Simplemente me dejo ir de nuevo a los fuertes brazos de mi primo.

Capítulo 13

Tengo que dejar de pensar en ella

Ethan

Tengo que salir de aquí ¡ya! Tengo que dejar de pensar en ella.

Cada vez que recuerdo la cara del tipo, cómo la rodeaba con sus brazos, la pegaba a su cuerpo, cómo me arrebatava ese privilegio y ella se dejaba... La ira inunda mi sistema y necesito liberarla con alguien, aunque sé que no es la mejor manera de relajarme pero lo necesito.

Mis pies me guían, sin detenerme a pensar en las consecuencias que tenga que afrontar después, hasta la casa de Miranda. La mejor manera que conozco, y que nunca me falla para desahogarme, es el sexo y sé que Miranda me lo dará sin siquiera cuestionar la razón.

La alternativa era liarme a golpes con el tío ese, pero dudo que eso me hiciese ganar puntos con Mare. Por eso precisamente decidí marcharme... espera, ¿he dicho yo eso? No, no debo pensar en ella, ha resultado ser igual que las demás que me he encontrado a lo largo de mi vida, o peor porque encima me ha mentado a la cara. ¿Querías verme la cara de estúpido maldita mocosa?

+Si, «maldita mocosa», pero esa «maldita mocosa» se ha ganado tu corazón.

—No es cierto.

+O al menos parte de él.

—Que no, maldito seas.

+Ya, ya, piensa lo que quieras, en el fondo sabemos la verdad. Y soy tú capullo, no nos insultes.

Me doy cuenta de lo destrozado que me ha dejado esa niña. Incluso discuto conmigo mismo, pero lucho por no darle mayor importancia. Necesito apagar mi furia, este enorme deseo y toda la frustración que siento en este momento.

Sin pensarlo más llamo a la puerta.

—Voy—, escucho como habla Miranda desde dentro.

Abre la puerta y mi mirada desciende lentamente por su sensual cuerpo, será insoportable pero no está para nada mal. Contemplo su cuerpo semi desnudo, a penas cubierto con un body de raso negro, que deja destapadas sus largas y torneadas piernas y la parte de su cuerpo que «tapa» no deja mucho lugar a la imaginación. Este va acompañado de un batín negro que no lleva abrochado y cae por sus hombros, dejándolos expuestos o al menos uno de ellos, ya que por el otro cae su larga melena negra en cascada.

Parece como si me estuviera esperando, o quizá siempre valla así por casa. Ese último pensamiento me hace elevar los ánimos, si entienden a lo que me refiero.

Miranda alarga su brazo, agarra el cuello de mi camiseta y tira hasta que estoy dentro de su casa.

Antes de estampar sus labios sobre los míos dice un «sabía que me buscarías» con voz sensual, o al menos eso cree ella.

Me arranca la camiseta de un tirón rompiéndola casi por la mitad, ataca nuevamente mis labios con ferocidad, me dejo hacer y cuando le respondo de igual manera, me responde con un gemido de placer.

Esta iba a ser una noche larga y placentera, de eso estoy seguro.

Capítulo 14

Esto es un castigo

Mare

«Tengo que dormir» — me regaño mentalmente, en silencio.

Son la una de la mañana y aún no ha llegado Ethan desde que se marchó cuando llegó mi primo José.

+Seguro que está con esa tipeja.

—¡Así no ayudas, idiota!

+Solo digo lo que tú estás pensando, recuerda que soy tu subconsciente.

—Agh—. Me grito a mí misma inútilmente, al parecer. Ya que ese maldito pensamiento no deja de repiquetear una y otra vez en mi cabeza, como un eco que hace que mi alma y corazón agonicen. Está con ella, está con ella...

Miro el reloj de mi mesita por decimosexta vez desde que se fue mi primo, dejándome sola en casa. Casi sin saber cómo, mientras que estaba perdida, divagando y mirando el techo de mi habitación, ha pasado otra hora. Estoy rota, cansada pero no puedo dormir y sé que mañana estaré destrozada y peor, lo tendré que enfrentar. Con un gesto de desagrado provocado por éste último pensamiento, me giro decidida a dormirme. Cuando por fin logro cerrar los ojos, una serie de imágenes de ellos dos en la cama, ella tocándole y besándole, mientras él la envuelve entre sus brazos, perturban de nuevo mi sueño.

Cierro los ojos fuertemente, agotada y negándome a caer de nuevo en eso y finalmente consigo dormir en paz.

Un fuerte golpe me despierta. Asustada y con la respiración agitada, miro la hora y veo que son las seis de la mañana.

Bajo a toda prisa las escaleras y cuando llego frente a la puerta ahí está él, con la misma ropa con la que se fue ayer. Su penetrante y fría mirada gris fija en mí, oscurecida un par de tonos a causa del odio.

Sin decir ni una palabra, reanuda su camino escaleras arriba. Cuando pasa por mi lado lo detengo agarrándolo del brazo. Se gira y me mira con la mayor frialdad que le es posible.

—No te atrevas a tocarme—, dice con voz susurrada y ronca. Está cabreado, lo noto, pero está intentando controlarse y eso también lo noto.

—No te vallas, dime dónde has estado—. Casi suplico con voz a penas audible.

—¿A ti que mierda te importa?

Intenta irse de nuevo pero lo agarro más fuerte.

—Contéstame—. Grito.

Me agarra del brazo con el que él tiene libre y se abalanza peligrosamente hacia mí, forzándome a retroceder. Su fuerte agarre hace que yo afloje el mío y me agarra por ambos brazos. Sigue avanzando hasta que mi espalda choca contra la puerta de casa y lanzo un jadeo por la sorpresa del golpe.

Ethan acerca peligrosamente su cara a la mía, su aliento mentolado choca directamente contra mis labios entre abiertos en busca de aire, escaso debido a su cercanía. Pero yo solo soy capaz de mirar su fría mirada, como si solo fuese capaz de sentir rencor hacia mí.

—Seguramente he estado haciendo lo mismo que tú—, escupe con odio—. ¿Tú has disfrutado?, por que yo si, esa chica es una bestia en la cama, es de primera.

Cada pocas palabras apretaba su agarre, tanto que comenzaba a hacerme daño y emito un pequeño alarido seco.

—Suéltame—. Le exijo con un hilo de voz.

—¿Qué pasa, no querías que te lo contara?

Se acerca más a mí, tanto que soy capaz de oler claramente ese apestoso olor. El mismo que despide Miranda, como si se le hubiese impregnado a

Ethan, a su piel. Me atormento pensando que tal vez, también se le ha pegado a sus sábanas.

Lo empujo, lo empujo con todas mis fuerzas, no quiero soportar más ese maldito olor.

—Déjame, suéltame, vete al infierno—. Le digo con lágrimas que apenas puedo contener.

—Maldita sea—, grita acercándose a mí, bloquea el camino con ambos brazos mientras que yo solo soy capaz de mirar al suelo—. Mi infierno eres tú—, dice antes de estampar sus hambrientos labios sobre los míos.

Capítulo 15

Nos quemaremos ambos

Mare

«Nuestro infierno y nos quemaremos ambos en el»

Eso dijo cuando se separó terminando aquel inesperado, hambriento y delicioso beso.

Ya han pasado dos semanas, dos semanas en las que me ha ignorado totalmente, o me ha dedicado miradas de odio o ¿dolor?, no lo tengo claro. Pero, al menos ya no sentía solamente resentimiento hacia mí, eso es un progreso, ¿no?

+Eso espero.

—Yo también.

En estas dos semanas he intentado hablar con él, que me escuche el tiempo suficiente como para aclararle que José es mi primo, pero se ha cerrado en banda.

Con el regreso de mis padres las cosas se calmaron y pensé en intentarlo por última vez. Al fin y al cabo yo también tengo mi orgullo y a diferencia de él, yo no me he acostado con nadie y no creo que deba de darle explicaciones a nadie si lo hubiese hecho.

Y por todo esto estoy aquí, frente a su puerta, tomando una última respiración antes de llamar.

Toco la puerta, se oye un ronco «adelante», abro la puerta y la cierro tras de mí.

—¿Qué haces aquí?—, pregunta fastidiado nada más verme.

—He venido a hablar—. Contesto mientras lo miro de arriba a bajo.

Va vestido con el uniforme de mi instituto y es entonces cuando recuerdo que anoche mis padres dijeron que desde hoy asistiría conmigo a clase.

La camisa blanca se le ajusta tan bien a su musculoso cuerpo.

Me quedo hipnotizada contemplando como sus definidos brazos, se tensan mientras abotona sus mangas remangadas por encima de los codos, lo que provoca que se me seque la boca.

Una sonrisa socarrona se extiende en su cara, acompañando su hostil mirada.

—Llegaremos tarde—. Se limita a decir antes de levantarse y sacarme de su habitación. Antes de que cierre la puerta, introduzco el pie forzándolo a que la mantenga abierta. Me mira desafiante.

—Quita el pie.

—Tenemos que hablar.

—No me interesa. Quitá el pie.

—No—, digo rotunda.

Se acerca a mí provocando que retroceda. Cuando consigue lo que quiere, mantiene fija su mirada en mí, da media vuelta sin decir ni una sola palabra y entra a su cuarto.

—Te vas a arrepentir de no escucharme—. Digo antes de que cierre la puerta.

El camino al instituto se produce en un silencio sepulcral, mientras que en mi fuero interno, maldigo la brillante idea de mi madre de que acompañe a clase a Ethan.

Cuando llegamos a la verja de hierro forjado que delimita el terreno escolar, me encuentro a Cris y Carmen, que me esperan en la entrada.

—Hola chicas—, las saludo mientras Ethan se mantiene a una distancia prudencial de nosotras.

—¡Eh!, ¿ese es el macizo con el que chocaste?—. Pregunta curiosa Carmen en un susurro, mientras mira en dirección a dónde se encuentra Ethan.

Asiento.

—Wow, es increíble—, exclama Cris—. Normal que te traiga loca.

Ignorando ese último comentario, los presento.

—Ethan, te presento, ésta es Cris—, le digo señalando a la rubia de casi metro sesenta y complexión normal. Y ésta es Carmen—, le digo señalando a la morena de metro setenta.

Ethan las mira de arriba a bajo y se le planta una sonrisa perversa en el rostro.

—Hola preciosas, me llamo...

Lo interrumpo antes de que se termine de presentar.

—Chicas, este troglodita de aquí—, lo señalo—, se llama Ethan.

Este último emite un sonoro gruñido a la vez que mis locas amigas se parten de la risa.

Cuando suena el timbre que avisa del comienzo de la primera hora, me despido de Carmen. Cris y yo guiamos a Ethan a clase, ya que gracias a mamá, él y yo tendremos las mismas.

Entramos a clase frente a la atenta mirada de toda la sección femenina de la clase, que no le quitan el ojo de encima a Ethan. El mismo que deambula por los pasillos como si fuese el dueño del lugar.

Una vez dentro de clase, me siento en mi lugar habitual, en la tercera fila junto a Cris, mientras que Ethan se sienta una fila por detrás de nosotras.

Miranda en cuanto lo ve, se lanza a por su presa, cosa que no parece molestarle para nada. Aunque intento no darle importancia, a penas soy capaz de sacar una penosa libreta, en la que sé que no podré apuntar nada. Ya que toda mi atención se muda a como la zorr... perdón, la «amigable» de Miranda, se contonea hasta sentarse sobre las piernas de Ethan.

En cuanto se sienta, los brazos de éste la rodean y a mí me inunda una rabia que a penas contengo. Cris al ver dónde ha caído mi atención, me coge de la mano y hace que la mire mientras me susurra un «ignóralos».

Cuando el profesor hace su aparición, yo lo único que quiero es que la tierra me trague y perderme este tormento, pero nada más lejos de la realidad. Éstas serían las peores horas del curso, eso está claro.

Capítulo 16

El peor día que te puedas imaginar

Mare

El timbre suena avisando que es la hora del almuerzo. Una turba de adolescentes sudorosos y hambrientos se agolpan en la puerta de clase para ver quién sale primero. Mientras tanto Cris y yo permanecemos en nuestros asientos, guardando lentamente nuestras cosas en la mochila. Yo no sé los demás, pero no me llama la atención ser aplastada joven.

De pronto me doy cuenta de que nosotras dos somos las únicas que quedamos en clase, claro, si no contamos el tumulto de estudiantes de la puerta. Casi sin poder evitarlo, mi mirada navega por toda la clase, en busca de Ethan. Pero tan solo confirmo mis sospechas, él no está.

No me he dado cuenta ni de cuando ha salido de clase, pero tampoco hay ni rastro de Miranda.

Cuando todos han salido y ya no hay atasco en la puerta, nos levantamos y disponemos a hacer el camino hasta la cafetería. Mi vista navega nuevamente por toda la sala, en busca de Carmen, en cuanto paso por las puertas dobles de la cafetería. Para mi mala suerte, lo primero con lo que hago contacto visual es Miranda, una vez más sentada sobre Ethan, que tiene la vista perdida, al parecer busca a alguien.

Una vana esperanza de que sea a mí a quien busca llega me invade de golpe y me llena de alegría. La misma que desaparece en cuando su vista llena de rencor se clava nuevamente en mí.

Su dura mirada no se pierde ninguno de mis gestos mientras Cris, tira de mí hasta la mesa que Carmen nos está guardando. Una vez sentada

intento, disimuladamente, mirar en dirección a Ethan, que se encuentra sentado con todos los idiotas del instituto, círculo que le pega, supongo.

Él no ha dejado de mirarme ni un segundo, no necesito preguntar a mis amigas, ni mucho menos girarme a comprobarlo. La tensión que siento en plena boca del estómago debido a su fría mirada está latente, es palpable, tanto que incluso la puedo saborear.

Incapaz de seguir haciendo frente a esa situación, dejo mi bandeja del almuerzo a un lado, agarro mis cosas y salgo corriendo de ahí, lo más rápido que mis pies me permiten. Tanto que incluso tiro mi silla al suelo, haciendo que resuene fuertemente contra el suelo y ganándome risas y el murmullo de los demás estudiantes presentes, que corean «tírala».

Ni siquiera me digno a volver y recogerla, no quiero ver a nadie y menos ver de nuevo la fría mirada de Ethan, que he estado sintiendo todo el tiempo, tan solo me limito a salir de nuevo por la puerta.

Llego corriendo al parking del instituto, aún acompañada de esa dichosa incomodidad. Me golpeo mentalmente a mí misma por dejar que este idiota me afecte de ésta manera.

Capítulo 17

Un dudoso despertar

Ethan

Cuando la vi salir corriendo de la cafetería, un repentino impulso de salir corriendo detrás de ella me abrumó. Me costó un montón retenerme a mí mismo y no salir tras ella pero lo hice. En el fondo sabía, mejor dicho sé, que es lo mejor. Aunque no por ser mejor lo hace ni mucho menos más fácil.

Mi mal carácter en ese momento era palpable, no lo podía controlar, algo que lejos de hacer a Miranda alejarse parecía atraerla más a mí.

No lo entiendo y creo que jamás lo entenderé. Trato el otro día a esta tía como el culo, luego voy tras ella cuando quiero olvidar las caricias de Mare y ahora no logro quitármela de encima. Supongo que lo hacía para fastidiar a Mare, ya que yo a penas le prestaba atención. Sólo era capaz de mirar y pensar en ella, tanto que ni siquiera escuchaba lo que sea que me estuviese explicando en ese momento Miranda.

Aún recuerdo la sonrisa de satisfacción plantada en esa cara de muñeca indefensa, nada más lejos de la realidad, cuando Mare salió corriendo. La horrible opresión que sentí en el pecho, las ganas de quitármela de encima e ir por Mare. Las ganas de hacer que se arrepienta por reírse de ella, pero no podía decirle nada, al fin y al cabo yo hacía lo mismo.

La quería hacer sentir mal por jugar conmigo mientras tiene a su lado a otro tío, que sepa lo que es que jueguen contigo.

Pero en ese momento casi lo tiro todo por la borda.

Cuando terminó el almuerzo, no regresó a clase. Ya no supe más de ella hasta que llegué a casa. Dónde se encontraba encerrada en su habitación,

de dónde no salió en lo que quedó de día.

Preocupado, llamé a su puerta sin recibir respuesta, lo que me lleva a dónde me encuentro ahora, en éste preciso momento. Fuera de la casa, en el patio, bajo el cielo nocturno y estrellado, en lo que posiblemente sea una de las noches más frías hasta la fecha. Ya que nos encontramos al comienzo de Octubre. Planteándome si ésta chica merece la pena por la locura que voy a hacer.

Observo el escenario que me rodea. Está oscuro, no hay ni una penosa luz, ya que la bombilla del porche se encuentra fundida.

«Nota mental, cambiar la dichosa bombilla.»

Retomando mi análisis mental, observo el débil árbol que tendría que escalar para llegar a su ventana y, si llegase a lograr escalarlo sin caer, aún tendría que dar un salto considerable para llegar a la ventana y rezar para no partirme la crisma en el intento. Lejos de lo que se pueda llegar a pensar o leer en las dichosas novelas románticas, no siempre es tan fácil escalar un árbol.

Calculo también las posibilidades de éxito y veo que son muy bajas, por que aunque lo logre, ¿y si la ventana no está abierta? Mi mente se vuelve a plantear la misma duda nuevamente.

¿Ésta chica merece la pena el peligro?

Sin dudarle ni un segundo, me respondo a mí mismo—. Sí, lo vale.

Comienzo con la escalada del árbol, cuando llego a lo alto de él, pego un salto y me agarro con todas mis fuerzas al alféizar de la ventana y me subo a él. Intento abrir la ventana y para mi buena suerte no encuentro resistencia en ella.

De un salto me adentro en la habitación sin hacer ruido. Miro hacia la cama y me encuentro a Mare tumbada, durmiendo sobre ella, su cara demuestra haber llorado y se me estruja el corazón.

Voy hasta ella y con una leve caricia le retiro su larga melena castaña de esa preciosa cara que me ha conquistado. Aún tiene las mejillas húmedas,

se debe haber dormido hace poco por tanto llorar. Algo que me hace sentir de la peor mierda que existe.

Acerco mi boca a sus labios y dejo sobre ellos un delicado beso.

Esto no está bien, no quiero jugar con ella, la quiero solo para mí. Estos días sin ella me han roto por completo.

La necesito.

Me tumbo a su lado y envuelvo mi brazo alrededor de su cintura y la acerco a mi costado, pegándola aún más a mi pecho. Ella se remueve un poco y me incomoda el hecho de que despierte y me eche de su cuarto, pero no lo hace.

Al contrario, me acerca aún más y me envuelve con ambos brazos. Tumbada sobre mi pecho, continua durmiendo, como si ése fuese el lugar más cómodo dónde dormir, cómo si fuese su lugar favorito.

La miro por última vez y me dejo caer en un profundo sueño.

Capítulo 18

Un dudoso despertar Parte 2

Mare

Me despierto un tanto desorientada debido a tantas horas de sueño, ya que llorar me da un sueño terrible.

Observo detenidamente el reloj que decora mi desnuda mesita de noche, sin contar la pequeña lamparita que la viste junto al pequeño reloj, aún negándome a creer la hora que éste dicta.

—Las doce de la mañana—, susurro cómo si pudiese molestar o despertar a alguien si hablase en un tono normal, cosa un tanto absurda, ya que solo estoy yo en mi habitación.

De pronto unos brazos masculinos me rodean desde la espalda asustándome, pero son unos brazos tan familiares, ese calor que me traspasa es inconfundible. Ethan.

Una duda viene dándome de lleno. ¿Cómo demonios ha entrado?, ayer cuando llegué de clase cerré la puerta de mi habitación con el seguro.

¿Porqué está aquí?, si hace ya varios días que pasa totalmente de mí. Me giro lentamente bajo sus brazos, intentando no moverlo. Cuando lo tengo frente a mí, no puedo dejar de contemplarlo, no aguanto más toda ésta situación. Que me mire con odio, como si fuese lo peor de su vida, que no me deje explicarme como si yo hubiese hecho algo malo, me ignore y luego amanezca en mi cama tan dulcemente para después volver a lo anterior.

No sé qué pasa por la mente de éste chico, pero, ¿quiere jugar?, bien juguemos, pero lo pienso empujar hasta su límite.

—Haré que me pidas atención, voy a hacer que no quieras estar nunca más lejos de mí.

Tras esa silenciosa promesa, me separo del chico que se ha apoderado de todos y cada uno de mis pensamientos, desde que llegó a mi casa. Hoy daré comienzo a mi plan.

Conquistar al idiota que vive en mi casa.

Capítulo 19

No soporto a esa... Es hora de la juerga

Mare

El lunes llega y con el una nueva oportunidad de empujar hacia mí a Ethan.

¿Cómo lo haré?, aún no lo sé.

Pero siento que hoy será un buen día.

Entro al instituto y lo primero que veo es a Miranda e Ethan juntos. ¿A qué mierda juega? ¿El viernes me despierto con él a mi lado y el lunes aparece junto a ella después de haber «desaparecido» todo el fin de semana?

Paso por delante suya y es cuando comienzan los besuqueos. Asco. No sé si serán mis ganas de que eso ocurra que me hacen ver cosas o qué, pero juraría que Ethan la intenta alejar.

Intento no mirar y hacer como que no destroza mi corazón, cuando alguien me llama. Me giro y veo a mi hermoso primo junto a mis dos loquillas.

—Mare, buenos días hermosa—. Dice José cuando llega a mi lado y deja un beso en mi mejilla. Rápidamente le sonrío, mi primo es un amor.

Veo que está mirando hacia dónde los dos estúpidos se besuqueaban y tratando de ser lo menos obvia posible miro en esa dirección y lo que veo me sorprende. Ethan nos mira fijamente a José y a mí mientras tiene una mirada de querer acabar con alguien, que por suerte no dirige hacia mí. Lleva sus manos hechos puños y soy capaz de ver cómo los nudillos se le tornan blancos debido a la presión ejercida. Se gira hacia Miranda, la sujeta de las caderas y cuando creo que hará algo que me romperá, me

sorprende haciendo todo lo contrario. Se la quita de encima, agarra su mochila y se va a clase, con Miranda corriendo detrás de él, luchando por su atención, pero éste la ignora devastadoramente.

Una sonrisa se planta en mi cara y un sentimiento de victoria se instala en mi pecho. Cuando giro hacia mi querido primito mayor, éste está sonriendo con malicia. Será diablillo, ¿vieron que mi primo es un amor?

—Muchas gracias—. Le agradezco sin perder el tiempo.

—Cuando quieras pequeña. Dew—. Se va después de esa pequeña despedida.

Miro a Carmen y a Cris que están encantadas.

—Mare, esta noche hay una fiesta y nos han invitado—. Habla Carmen.

—Ay, no sé.

—Venga apúntate, sé que es lunes pero valdrá la pena—. Me anima Cris.

—Bueno, prometo pensarlo.

—¡Fiestaaaa!—. Gritan ambas al unísono.

—He dicho que lo pensaré—. Les digo para que no se emocionen.

—Vamos, si eso es como un si—. Habla Carmen y la verdad es que tiene razón.

—Anda vamos a clase.

Entramos a clase dejando de lado el tema de la fiesta.

...

Tres tormentosas horas más tarde, en las que nos hundieron en una fórmula química tras otra, finalmente toca el timbre.

Busco a Ethan para explicarle lo de mi primo, espero que esta vez me escuche. Ver su reacción me ha hecho pensar que tal vez si le importe y a mí él me encanta. Quiero intentar algo con Ethan y no quiero que piense que juego con varios a la vez, yo no soy así.

Cuando no lo encuentro por ningún sitio, decido preguntarle a Carlos, uno de los amigos de Miranda que se ha estado acercando a Ethan desde su primer día de clase.

Es uno de los deportistas del centro. Es castaño de ojos azules, labios finos pero besables, carita de ángel, súper sexy y para hacerlo más perfecto si cabe, uno de los mejores promedios académicos y capitán del equipo de baloncesto. Metro noventa de hermosura, sonrisa de infarto y uno de los mejores amigos de mi primo, a pesar de la diferencia de edad.

A diferencia de todo ese grupito, Carlos es el único que parece tener cerebro y corazón. Es buen chico y cuando me ve, me habla con normalidad. Me agrada.

—Hola Carlos.

—Mare, ¿que tal pequeña?—. Todos los que son cercanos a mí, me llaman así debido a mi estatura.

—Bien, bueno como se puede estar después de horas de fórmulas. Zombie. —Comento comitragica.

Carlos se ríe de mi mal chiste.

—Comprendo.

—Oye, ¿has visto a Ethan?

Carlos hace una extraña mueca con sus labios.

—No deberías ir ahora.

—Por favor, tengo algo importante que decirle.

Sin mostrarse convencido del todo me dice que lo vio entrando al aula de tercero C. Le agradezco y me voy.

Durante el trayecto a dicha aula, me pregunto porqué no quería decirme pero una vez que llego comprendo la razón.

Unos asquerosos y sonoros gemidos provienen del otro lado de la puerta cerrada. Aunque una parte de mí, opina que es mejor que me valla e ignore eso, otra parte quiere tener la certeza de lo que ocurre ahí dentro y la tercera parte, dónde se encuentra mi ya lastimado corazón, llora por que temo quiénes son los que están teniendo sexo dentro del aula.

Acerco mi mano al pomo emitiendo una plegaria silenciosa para que esté echado el pestillo, pero no surte efecto ya que el pomo se mueve.

Temerosa de lo que voy a encontrar abro la puerta, las lágrimas acuden raudas a mis ojos en cuanto lo hago.

Miranda se encuentra sentada sobre la mesa del profesor con Ethan entre sus piernas, las mismas que me encantaría arrancar con mis propias manos. Ésta le tiene envuelta la cadera con ellas mientras Ethan no deja de moverse de atrás hacia adelante a un ritmo frenético. Están tan centrados en lo suyo que no me han notado entrar. Continúo llorando en silencio y aunque esto me está rompiendo, no soy capaz de dejar de mirar. Me he quedado paralizada.

Miranda abre los ojos, mira en mi dirección y una sonrisa de triunfo aparece en su cara. Gime mucho más alto antes de hablarme.

—Mare, una foto te durará mucho más. —Al pronunciar mi nombre la maldita víbora esa, Ethan se detiene y me mira con una rara mezcla de sorpresa, rabia y tristeza. Se separa de la maldita asquerosa subiéndose en un movimiento rápido los pantalones, me mira y veo cómo trata de hablarme.

Me voy corriendo, no quiero escuchar nada que salga de su boca, estoy harta.

(...)

Tras las últimas tres horas, en las que, entre clase y clase, me he dedicado a ignorar a Ethan hablando con las chicas o utilizando mis auriculares, decido que ésta noche iré a esa fiesta.

—¡Fiestaaa!—. Gritan de nuevo mis amigas al unísono, cuando les digo mi cambio de opinión.

—Nos lo pasaremos en grande—. Aplaude Carmen.

Nos despedimos y cuando entro a casa llevo la comida que ha preparado mi madre a mi habitación. Cuando termino de comer, bajo los platos para lavarlos y unas manos me cierran el paso sobre el fregador. Doy media vuelta y allí, acorralándome frente al fregadero está Ethan,

con sus brazos a cada lado de mi cuerpo. Ocupando casi todo mi espacio vital, tan cerca de mí que su nariz casi toca la mía.

—Tenemos que hablar.

—¿Ahora quieres hablar?—, le digo enojada—, ¿qué crees, que va a ser todo cómo y cuándo tú lo decidas? Pues no, ahora soy yo la que no te quiere escuchar.

Intento zafarme de su agarre pero es bastante fuerte.

—Suéltame—le grito, pero no atiende a razones.

—Escúchame—. Insiste.

—No quiero, suéltame o verás.

Ethan sonrío socarrón.

—Y ¿qué vas a hacer si no te dejas ir?

—No querrás saberlo.

Permanece inmóvil sobre mí, cada vez agobiándome más y con mi nivel de enfado en aumento constante, al recordar a quién tenía entre sus brazos escasas horas atrás. Sigue sin moverse y le hincó la rodilla en lo que parece ser lo máspreciado para un hombre, entre sus piernas. Ethan se dobla de dolor sobre sí mismo y aprovecho para ir a mi habitación y cerrar con pestillo.

Unos minutos más tarde Ethan aporrea mi puerta mostrándose muy cabreado.

—Ya verás pequeña, te arrepentirás de haberme golpeado.

—Te avisé, te jodes. La próxima vez no te equivoques de chica a la cuál lanzarte. —Le grito a través de mi puerta, conteniendo las lágrimas que amenazan con hacer acto de presencia.

Una carcajada se escucha en el pasillo.

—¿Estás celosa pequeña?

No respondo y vuelve a lanzar una carcajada.

—Lo tomaré como un sí.

Escucho pasos alejándose y una puerta cerrarse al otro lado del pasillo, se ha metido en su cuarto.

(...)

Cuando dan las diez comienzo a arreglarme. Me meto a la ducha y media hora más tarde salgo duchada y con el pelo seco en ondas naturales. Aferro la toalla a mi cuerpo mientras me decanto por un pequeño vestido negro con brillantina que me llega a la altura de la mitad del muslo. Unos zapatos de plataforma, cómodos y del mismo color que el vestido. Pelo suelto. Me pinto los labios de rojo intenso y los ojos negros haciendo que resalten mis ojos marrones y rasgos felinos.

Un sonido de claxon me avisa que mis amigas ya están en la puerta, miro el reloj de pared y veo que es la hora exacta a la que dijeron que vendrían por mí.

Me despido de mi madre con un beso, frente a un atónito Ethan que me miraba como si fuera comestible y tuviese demasiada hambre cómo para no lanzarse a por mí. Mi madre me acompaña a la puerta.

Deshaciéndose en piropos hacia mí, me saca un par de fotos y me dice lo que toda madre que se precie le dice a su hija, que lleve cuidado y que antes de las dos en casa que mañana hay clase, para después dejarme marchar y disfrutar de la fiesta.

Cuando entramos al local que Paola, la chica de la fiesta, había alquilado, el alcohol empezó a tomar protagonismo.

Paola es una chica unos cuantos años mayor, al parecer. Prepara las mejores fiestas y de manera sorpresa e improvisada. No la conozco demasiado bien, sólo he hablado un par de veces con ella, pero es simpática. Es la mejor amiga de la prima de Carmen y por tanto, la invita a todas sus fiestas y debido a eso, Carmen se entera de todas ellas y nos arrastra a mí y a Cris.

Dicho esto, hoy estoy agradecida. Necesito esta fiesta y al final siempre terminan siendo geniales y me lo paso en grande.

El choque de cristal contra madera hace que despierte de mi ensoñamiento y dé media vuelta. Frente a mí se encuentran una triple

hilera de ocho chupitos y una Carmen que me mira con malicia.

No suelo beber a penas, pero le conté a mis amigas lo que vi en clase cuando me preguntaron por qué evitaba a Ethan, y saben que si en algún momento de éste año necesito pasarme con el alcohol, es hoy.

Adoro a mis amigas. Siempre están para mí.

—Venga, debemos tomar los ocho chupitos. Las dos más rápidas repiten.

Agarramos las tres un vaso de chupito.

—A la una, dos y....

Llevamos nuestros respectivos vasos a los labios y lo tragamos de una. Siento como el líquido marrón pasa por mi garganta dejando un ardor horrible en ella, invade mi sistema y me hace erizar por completo.

Choco el pequeño vaso contra la barra de madera y cojo el siguiente y así con el que sigue. Veo cómo Cris después del segundo vaso los toma mucho más lento, ya que seguramente ella será quién conduzca y si a la hora de ello no se siente bien para conducir, tomaremos un taxi.

Cuando terminamos Carmen y yo los ocho pedimos los siguientes, a los siguientes ocho ya me costaba mantenerme quieta.

—Me hago piss— . Grita Carmen a mi lado.

—Venga vamos al baño— , dice Cris.

—Noo, yo quiiieeroo baiilarr— , digo arrastrando las sílabas debido a la gran cantidad de alcohol que inunda mi cuerpo.

Cris se niega a dejarnos solas, ya que es la que menos ha tomado. Nos acompaña al baño y mientras cada una entra a un cubículo, yo me quedo fuera.

El alcohol me infunde valor, o quizá estupidez no sé, pero decido coger mi móvil y llamar al chico que no ha dejado de rondar por mi mente en toda la noche.

—Eeethaannnn— . Digo una vez que escucho un ¿qué? de su parte.

—¿Mare?— , silencio— . ¿Eres tú, estás borracha?

—Hum... Sí... y... Sí—, canturreo al teléfono y me río como una desquiciada.

—Mare—, su tono de voz se ha ensombrecido, da miedo.

—Eethaann, ¿esssstáaaaas enfadaado?

—¿Dónde estás?—. Ignora mi pregunta.

Miro a mi alrededor y le respondo dudosa.

—En un... ¿baño?

—¿Qué baño?, sé más precisa.

Me molesta su tono de enfado. ¿Por qué se enfada?, yo que quería hablar con él.

Cojo aire profundamente para intentar hablar lo más serena y seria que puedo.

—Me tengo que ir.

—Noo, Mare espera...—. Le cuelgo.

Se abren las puertas de ambos cubículos y Cris me mira con terror.

—¿Has llamado a Ethan?, dime que no le has llamado.

—Sí y le he colgado.

—¿Porqué?, no se llama a nadie si has bebido. Mañana te arrepentirás—, me regaña Cris.

—¿Queee le hasss diichooo?—, pregunta Carmen.

—No sé.

Las tres nos reímos y salimos del baño dispuestas a bailar todo lo que nos pongan.

Estoy bailando cuando noto a un chico pegarse a mi espalda y mover sus caderas. Miro por encima del hombro y veo a un pelirrojo hermoso, se mueve muy bien, así que sigo bailando con él. Me hace girar, me toma de ambas manos y hace que las coloque en su nuca, envuelve sus brazos en mis caderas y se mueve más lento contra ellas.

Acerco mi cara a la suya invitándolo a besarme y acaricia con sus labios los míos, sabe muy rico, pero no es Ethan.

De pronto alguien lo aleja de mí de un empujón, agarra al chico del cuello de su camisa azul marino y lo zarandea, no logro ver quién. Veo cómo le propina un derechazo en el pómulo al chico y éste cae al suelo. Cuando el agresor se gira hacia mí, toda la escena se detiene o al menos a mi parecer. Solo soy capaz de ver cómo Ethan se encuentra frente a mí, se acerca como a cámara lenta, se agacha ligeramente cuando me toma del brazo y en un abrir y cerrar de ojos ya no me encuentro vertical, sino sobre su hombro.

—¡Ethan, bájame!

Me ignora y continúa el camino hasta la puerta del local.

—¡Bájame ahora!

Siento un golpe en mi cachete y un picor se planta en mi trasero.

—¿Me has dado una nalgada?!

—¿Quieres otra?—. Habla por fin.

—¡No!—, digo acariciando la zona dolorida.

—Entonces estate quieta.

Paro de intentar soltarme de su agarre y hago un mohín.

Salimos por la puerta en completo silencio.

Capítulo 20

Detén ésta locura

Ethan

Estoy como loco mirando la hora, Mare estaba preciosa y se ha ido sin siquiera mirarme. No sé qué le pasa, me encanta, pero ella está con ese estúpido de José.

¡Mierda!.

Tan solo pensarlo y me hierva la sangre. Ese tipo puede tocarla, besarla, estar con ella en la misma sala sin que le ignore totalmente. Me siento frustrado, nunca, jamás una chica me había rechazado y mucho menos utilizado de esa manera.

Suelo tener comiendo de mi mano a la chica que quiera, ahora quiero a Mare pero ella me rechaza, me ignora. Parece estar bien con otro tío, como si no le interesara y cuando intento algo con otra chica se molesta conmigo.

Cuando la toco o me acerco a ella, tiembla ante mí, tiembla por mí, se pone nerviosa y hay otras ocasiones en que me busca.

Como hoy en el instituto, me estaba buscando pero vio algo que ojalá no hubiese visto. Esa chica, Miranda, ni siquiera me interesa. Es solo una distracción para no pensar todo el maldito día en Mare.

¡Esa cabezota!.

Pego una patada a la papelera de mi habitación y me dejo caer sobre la cama de mi cuarto completamente frustrado.

A los pocos minutos comienzan a pesarme los párpados y me quedo dormido.

(...)

Un extraño zumbido me despierta. Abro los ojos y busco, lo que sea que haga ese molesto sonido, con la mirada y veo la pantalla de mi móvil brillar por una llamada entrante.

¡Qué extraño!, lo habré dejado en vibración sin darme cuenta.

Me levanto y cojo la llamada sin mirar quién es.

—¿Qué?—. Contesto la llamada molesto y con la voz ronca debido al sueño.

—Eeethaannnn—. Dice una voz que no podría confundir nunca, a pesar de alargar un tanto las palabras. Mare.

—¿Mare?—, pregunto confuso, me despego el teléfono de la oreja y compruebo que sí es ella. ¿Está borracha?—. ¿Eres tú, estás borracha?

—Hum.. Sí.. y .. Sí—, canturrea al teléfono y comienzo a enfadarme. ¿Cómo se le ocurre beber tanto?, le podría haber pasado algo.

—Mare—, mi tono de voz se ha ensombrecido, da un poco de miedo.

—Eethaann, ¿esssstáaaas enfadaado?—. Me pregunta divertida.

—¿Dónde estás?—. Ignoro su pregunta.

Tarda en contestar.

—En un... ¿baño?

—¿Qué baño?, sé más precisa—. Estallo.

No me contesta de manera inmediata.

Coge aire profundamente y me habla lo más seria que puede. Lo noto.

—Me tengo que ir—. Espera, ¿me va a colgar?

—Noo, Mare espera...—. Me cuelga.

Pii pi. Mierda. Sí que me ha colgado.

Ésta chica realmente no sabe lo que soy capaz de hacer por lograr lo que quiero.

Al momento sé qué tengo que hacer. Llamo a mi viejo amigo Spidi, en este momento su curiosidad y su don con la informática me viene como anillo al dedo.

—¡Spidi, tío!—exclamo cuando me coge la llamada.
—¡Ethan!, ¿qué te cuentas tronco?, ¿cómo te va por tu nueva casa?
—Poca cosa y ni me hables, vivo con una chica que me vuelve loco.
—¿Y eso?, si a ti no se te escapa ni una. Tío estás perdiendo cualidades
—. Se carcajea.
—Ya te digo yo que no. La atraparé.
—¿No será que te tiene ella atrapado a ti?—, se burla—. La primera
chica que se resiste al «irresistible Ethan». Tío, ya quiero conocer a esa
chica. Seguro que es interesante.
—Lo es—admito.
—¿Qué necesitas?
—Algo sencillo, ¿me podrías decir dónde se encuentra alguien si te
digo su número de teléfono?
—Pff. Claro Ethan, si necesitas ayuda con algo, pídemelo algo que sea un
reto. Esto lo hago con los ojos cerrados.
—Lo siento, pero es esto lo que necesito.
—Está bien, dame ese número.
Le doy el número de Mare y comienza a teclear. Pasados a penas tres
minutos me dice la dirección en la que se encuentra el móvil.
—Gracias Spidi, te debo una.
Me despido de mi amigo, cuelgo y salgo de la casa para coger mi coche.
Introduzco la dirección en el GPS de mi pequeñín, arranco y comienzo a
avanzar.

(...)

Veinte minutos más tarde, llego a un local. Aparco, voy directamente
frente al segurata de la puerta de la disco y le enseño mi DNI. Si hay algo
bueno de ser hijo de quién soy es esto. Nunca he tenido que hacer cola en
ningún sitio.

El gorila de la entrada me dedica lo que pretende ser una sonrisa pero queda en un raro gesto facial. Aparta la cinta de la puerta y se echa a un lado para dejarme entrar.

Cuando entro la música vibrante y un olor a humo me da de lleno. Echo un vistazo por todo el lugar y cuando una rayo de luz rosa enfoca justo el centro de la pista, la veo.

Mare está bailando con un tío pelirrojo que la toca y agarra como si fuese suya, haciendo que afloren en mí, unas ganas tremendas de partirle la cara y enseñarle que esa hermosa chica, desesperantemente cabezota, es mía.

Me acerco a ellos y veo que la intenta besar, lo alejo de ella y lo agarro por el cuello de su simplona camisa azul, antes de que se caiga. Le pego un rechazazo que da en pleno pómulo y lo dejo caer. Voy hasta Mare que está paralizada viendo la escena en completo silencio.

Cuando la alzo sobre mi hombro, Mare no para de resistirse e intenta lanzarme patadas, pero yo la agarro con más fuerza para evitar que me golpee y se caiga.

—¡Ethan, bájame!

La ignoro y continuo mi camino hasta la puerta del local.

—¡Bájame ahora!

Vuelve a gritar y le doy con la palma en su llamativo trasero.

—¿Me has dado una nalgada?!

—¿Quieres otra?—. Hablo por fin.

—¡No!—, dice acariciando la zona dolorida.

—Entonces estate quieta—. Ladro enfadado.

Para de intentar soltarse de mi agarre y escucho cómo refunfuña.

Salimos por la puerta en completo silencio.

La monto en mi coche, en el lado del copiloto, le pongo el cinturón de seguridad, cierro la puerta suavemente y voy hasta el lado del conductor.

Nada más cerrar la puerta tras de mí, la miro molesto y la reprendo por su descuidada actitud.

— ¿En qué pensabas?

— Ay no me sermonees, no eres mi padre.

— Me gustaría ver qué le dirías a él si se enterase de la tontería que has hecho.

— No te rogaré para que me cubras, haz lo que quieras—. Me reta.

— ¿Lo que quiera?—. Siseo cabreado entre dientes—. Si hiciese lo que quisiera te castigaría por actuar de ésta manera, por ponerte en peligro, por asustarme. Si hiciese lo que de verdad quiero, nadie te alejaría de mí, si hiciese lo que quiero ahora mismo, no podrías caminar bien durante unos cuantos días. Y te lo merecerías por irresponsable—. Mientras hablaba me he estado acercando a ella sin darme cuenta y ahora la tengo tan cerca de mi rostro, que nuestros alientos danzan juntos. Se entremezclan.

Mare respira agitada, justo como yo, como si mis palabras le afectasen más de lo que ella admite ante mí, más de lo que ella quisiera admitir ante sí misma.

Tras unos minutos en un silencio que inunda por completo mi coche, arranco y vamos a casa.

(...)

Una vez dentro de casa la subo hasta su cuarto y esta se empieza a desnudar frente a mí. Aunque esto es lo que más quiero, estar con ella, tenerla desnuda sobre mi cama, bajo mi cuerpo y poder abrazarla, sé que no es correcto. Desde luego no así, cuando Mare está fuera de sí.

Se lanza a mí sin pensarlo y siento de nuevo sus dulces labios contra los míos. La aparto y le imploro para que pare.

— Detén ésta locura Mare, mañana no quiero que te arrepientas.

— Te deseo—, susurra en mi oído provocando un escalofrío que llega hasta una zona un tanto incómoda si no hay planes para ir más allá.

—Yo también, créeme—. Cojo sus manos antes de que se desabroche su sencillo pero sexy sujetador negro—, pero ésta no es la manera.

Baja la cabeza triste y siento unas ganas tremendas de mandar lo correcto a la mierda y hacerla mía. Mostrarle lo mucho que me encanta y que no la estoy rechazando, al contrario, la estoy intentando respetar.

—Cuando estés conmigo, quiero que no tengas nada de qué arrepentirte.

—Está bien—, accede y se tira sobre su cama boca a bajo.

Le abrocho de nuevo el sujetador y me tumbo en el extremo de su cama.

Me levanto cuando parece que se ha quedado dormida pero cuando lo hago noto cómo me sostiene de la camiseta. Doy media vuelta y veo que tiene la cabeza ligeramente levantada, me mira y su boca está entreabierta.

—Quédate conmigo. Por favor. No me dejes sola.

En ese momento mi corazón late errático y lo siento explotar. Unas ganas terribles de decirle que jamás la dejaré ir, llegan a mí de una manera abrumadora, pero las palabras mueren en mi interior cuando me recuerdo a mí mismo que ha bebido, que no sabe lo que dice y que al parecer, ya tiene a alguien a su lado.

Me siento a su lado y acaricio su cabeza.

—Acuéstate por favor—. Me ruega y soy incapaz de negarle algo si me mira de esa manera.

Me tumbo a su lado y no duda en aferrarse a mí y acomodarse en mi pecho, como si temiese mi marcha. La abrazo y cojo una manta que hay a los pies de su cama para taparnos.

Su respiración se torna cada vez más lenta y aprovecho para verla dormir. Detallo su gesto tranquilo mientras duerme abrazada a mí. Sus sensuales labios, querría hacer tantas cosas con ellos, su pequeña naricita. Esos preciosos ojos que parecen ver más allá de mí y ahora se encuentran cerrados y relajados.

Comienzo a sentir que me invade el sueño y dejo que se apodere de mí.

Capítulo 21

Y de nuevo; Un nuevo despertar

Mare

Escucho ruidos que vienen del piso de abajo. Parecen venir de la cocina, suena como si alguien estuviese trasteando con las cazuelas y demás útiles de cocina.

Me estiro tumbada en la cama, aún con los ojos cerrados, noto como mis músculos se van descargando poco a poco. Cojo aire tranquilamente y disfruto del aroma que sube hasta mi cuarto. Huele a bacón.

Abro los ojos y veo como una pequeña columna de luz entra a la habitación a través de una pequeña abertura entre las cortinas, dejando una luz tenue en el cuarto.

Me incorporo en la cama y veo en el suelo la camiseta negra que anoche Ethan llevaba puesta.

De pronto siento un poco de frío al caer la manta con la que estaba tapada antes de incorporarme. Bajo la mirada, extrañada al sentir tanto frío y veo que estoy en ropa interior. Es entonces cuando llegan a mí pequeños fragmentos de anoche.

Ethan mirándome enfadado, hablando conmigo en el coche sobre hacer que no pudiese caminar por unos días, algo que al recordar hace que un extraño calor se extienda dentro de mí y mi corazón lata de manera frenética.

Otra imagen de mí ofreciéndome a él, mientras que Ethan me rechaza asegurándome que no es por falta de deseo. Otra más, quitándome yo misma el vestido y por último, pidiéndole que se quede a dormir conmigo.

Cojo rápidamente su camiseta del suelo y me la pongo. Aún tiene su olor.

En ese momento escucho un crujido y cuando levanto la mirada hacia la puerta, veo lo que menos me esperaba encontrarme.

Ethan está entrando por la puerta con una bandeja llena de comida en las manos.

—¡Buenos días pequeña!, ¿qué tal has dormido?

—Bien—contesto un tanto perdida. Aún no me creo lo que estoy viendo. El gran Ethan King, desnudo de cintura para arriba y trayéndome el desayuno a la cama y Mmh... ¡menudo desayuno!

—¿Qué te pasa, estás muy callada?, ¿te encuentras bien?—. Me pregunta Ethan.

—Me encuentro genial—le contesto con una sonrisa boba en la cara, que no puedo ni quiero quitar.

Ethan me sonrío, una sonrisa totalmente encantadora y carente de su usual chulería. Se sienta a mi lado, en la cama, lleva su mano hasta mi cara y acaricia mi mejilla. Desciende de manera lenta y sensual su mirada por todo mi cuerpo y me da una sonrisa torcida de esas tan suyas.

—Te queda mi camiseta mejor que a mí.

—Mmh, no sé yo.

—¿Quieres dármele y lo comprobamos?—. Me dice en tono juguetón.

Le miro mal mientras lucho por mantenerme seria.

—No tendrás esa suerte.

Ethan lanza una sonora carcajada.

—¿Te acuerdas de lo de anoche?—. De pronto me pregunta más serio que nunca.

—De algo... —digo intentando hacerle sufrir un poco. Ahora le toca a él.

—¿De lo que hablamos en tu habitación?

Me hago la olvidadiza. Haber bebido tanto anoche me ayuda un poco con mi actuación.

—¿Me refrescas la memoria?

—Por favor Mare.

Se comienza a desesperar. Qué mono. Aunque admito que me comienza a dar un poco de pena.

—No sé qué quieres que te diga Ethan.

—¿Qué quiero que me digas?, bien. Para empezar quiero que me digas ¿porqué hiciste tal estupidez? También si algo de lo que sucedió ayer entre nosotros, fue verdad o solamente fue fruto del alcohol. Si fuiste sincera cuando me pediste...— noto como su desesperación va en aumento según habla.

Suelta un bufido y se pasa ambas manos por el rostro con frustración, se nota que no suele esforzarse tanto con ninguna chica.

—Por favor, tengo que saberlo. Yo nunca..., nunca..., yo, no sé.

—No tengo nada con nadie más—. Suelto de pronto, cortando el mal momento que Ethan estaba pasando. Creo que ha sufrido bastante, no sé, tal vez soy demasiado blanda, pero estoy cansada de pelear con él. Le necesito.

—¿El imbécil de anoche?—. Pregunta celoso, pero me recuerdo a mi misma que no es momento para disfrutar de ello.

—Con él solo bailaba, no pasó nada más.

Veo una chispa de rabia que nace en sus ojos grises—. Por que yo intervine si no...

—Tampoco hubiera pasado nada más que un par de besos. Yo no soy Miranda, no te confundas—. No puedo evitar sonar molesta. Lo estoy.

—Lo sé, lo siento—. Se disculpa sincero—. Sé que no eres como ella.

Un silencio invade la estancia hasta que Ethan se anima de nuevo a hablar.

—¿Y el tío que parece estar siempre a tu lado?

Ahora no contengo la pregunta que me está quemando la lengua desde hace rato.

—¿Estás celoso?—. Pregunto divertida.

—Si—, dice rotundo, sin dudas, haciendo que me quede sin aliento—. Tú eres mía, desde el primer día que nos conocimos lo supe. Sólo falta que te des cuenta tú.

Su honestidad es desgarradora y un tanto abrumadora, no pensé que sintiese lo mismo que yo por él. En ningún momento ha apartado su mirada de la mía. Y lo único que quiero saber de verdad es a qué se debió ese cambio que tuvo conmigo.

—¿Porqué te volviste tan frío de repente? Todo iba tan bien, hasta en el lago, eras un arrogante insufrible—, ambos reímos por mis palabras— pero me encantaban nuestras bromas, y de pronto..., vino ese cambio. Malas miradas y traer a la..., a Miranda a casa.

—¿Estás celosa?

Ahora es su turno de regodearse.

—Si, y yo sí que tengo motivos.

—No, no los tienes—. Dice mientras se acerca a mí y me rodea con los brazos, pegándose a mí, sin dejar de mirarme a los ojos—. Dime quién es ese tío, dime que no tiene nada que hacer contigo, por que Miranda no tiene nada que hacer contra ti. Para mí solo estás tú. Te quería poner celosa.

—José...—, comienzo a contarle quién es.

—¿Si?—. Me mira atento.

—José, es mi primo.

—¿Qué?

—Es mi primo, por eso casi siempre está conmigo. Además trabaja en el instituto y siempre hemos sido cercanos.

No dejo de mirar a Ethan mientras le cuento la verdad. Pero no reacciona, simplemente se queda callado y serio. Escucho al rato una maldición en voz baja y me parece oír el nombre de Miranda.

—¿Qué pasa con Miranda?

—Ella fue la que me dijo que tenías algo con él. Unos días después de lo que pasó en el lago, te vi muy cariñosa con él y me cabreó—. Admite

mientras mira a cualquier lugar menos a mí—. Una mañana estaba dando una vuelta por el pueblo y os vi a Miranda y a ti discutir y supe que si me acercaba a ella te podría hacer daño—, reconoce cabizbajo— como me sentí cuando te vi con otro. Más adelante, cuando empecé a ir a tu instituto, le pregunté a Miranda y me dijo que teníais algo. Ella siempre terminaba pegándose a mí y yo quería comprobar algo.

—¿y lo hiciste?

—Sí.

—¿Qué era?—. Intento que no note las ganas de llorar que me han entrado al oír sus palabras.

—Ver si te ponías celosa y tengo que reconocer que al principio lo disfruté.

—¿Si? Me alegro que tú lo hallas disfrutado—. Le doy la espalda completamente enfadada e intento irme pero él me agarra del brazo, hace que le mire y que vuelvan a pegarse nuestros cuerpos.

—Al principio lo disfruté...

Me repite, ¿se está burlando de mí?

—Eres un idiota.

—Pero luego—, continúa— cada vez que te veía con él, que te hacía reír, que se te acercaba y te tocaba mientras yo no podía—. Sus ojos se oscurecen ligeramente— me cabreaba y...

—Te tirabas a Miranda—. Le corto.

—Sí. Es lo que hago..., lo que hacía— se corrige a sí mismo—. Lo que me funcionaba hasta que te conocí.

No respondo, ni me muevo tan sólo le miro, mientras analizo lo que me está diciendo.

—¿No lo entiendes?, da igual lo que haga, no puedo sacarte de aquí— se señala la cabeza con el dedo índice—, ni de aquí— esta vez se señala el corazón—. Lo mejor de todo es que no quiero. Por eso siempre vuelvo a ti.

—No lo sé—. Le contesto, porque es cierto, no sé cómo sentirme frente a todo esto.

—Esto es confuso para mí, yo jamás he sentido esto.

—¿Te crees que yo sí?—le pregunto—. Tú no sabes cómo me siento, tú no me has pillado en plena acción con otro chico, yo a ti sí. Dos veces.

—Y no sabes lo mucho que lo siento, pero no hay nada que yo pueda hacer para borrar eso más que amarte con locura. Déjame hacerlo, déjame amarte.

—No sé si pueda confiar en ti.

—Puedes confiar en mí—. Asegura.

—¿Quién me asegura que cuando te enfades por cualquier cosa no volverás a tus antiguos hábitos?, ¿que no volverás a Miranda o con cualquier otra?

—Por que te quiero a ti—. Dice antes de unir nuestros labios en un beso tierno, lento y apasionado.

Acaricia mi labio inferior con la punta de su lengua y pide permiso con ella para profundizar el beso, permiso que le concedo encantada. Cuando finalmente nuestras lenguas se reencuentran suelto un suspiro de alivio y los brazos de Ethan me aprietan más contra su cálido pecho desnudo.

Percibo cómo sus manos no dejan de tirar del bordillo de la camiseta que llevo puesta. Introduce sus juguetonas manos debajo de su camiseta, tocando la piel de mi espalda lentamente, hasta llegar a mis pechos, dónde juega y disfruta como él quiere aún sin romper el maravilloso beso.

Una vez que la necesidad de tomar oxígeno nos llega, nos separamos a disgusto. Miro a Ethan y lo veo sonreír.

—No sabes las ganas que tenía de hacer esto—. Dice mientras acaricia mi espalda bajo la camiseta.

No puedo dejar de sonreír como una boba enamorada, no lo puedo evitar, con él me siento en casa. Jamás imaginé cuando lo conocí, que me enamoraría del idiota que vive en mi casa.

—Te quiero pequeña.
—Te quiero idiota.

Capítulo 22

El comienzo de algo

Mare

Después de estar todo el día tumbados en mi cama creo que ya es hora de salir, hemos quedado en que todavía no sepan nada nuestros padres. Así que es mejor que no lo vean durmiendo conmigo en mi cama, o todo el día encerrados juntos. Cuando me dispongo a ver si hay moros en la costa para que Ethan pueda salir, el muy tramposo se acerca por detrás y me atrapa entre la puerta de mi cuarto y su extraordinario cuerpo.

Sin dudar ni un instante atrapa mi labio inferior entre sus dientes, ya bastante inflamado debido a los incontables besos que nos hemos estado dando. He notado que tiene la costumbre de enganchar el labio inferior entre sus dientes, jugar y tirar un poco de el, para después comenzar un maravilloso beso, y no puedo evitar pensar si así besaba también a Miranda.

Siento una gran opresión en mi pecho, la duda de si realmente esto es en serio o si seguirá viéndola me va asfixiando cada vez más, y hace que no pueda centrarme en las distintas sensaciones que Ethan me hace sentir. Intento quitarme esa horrible imagen de la cabeza, no pensar en ello y confiar en él, en sus palabras. Sin embargo, por mucho que quiera hacerlo se me hace realmente difícil. Me paraliza.

Ethan nota que me tenso y detiene el descenso de sus inquietas manos, que habían comenzado con su particular camino hasta la base de mis muslos.

—No pienses, nena. Estoy aquí contigo y nadie me va a mover de tu lado—. Dice como si supiese exactamente qué estoy pensando—. ¡Eres

mía!, ahora y siempre.

Oír esa declaración de un chico que hasta ahora, ha sido un mujeriego total y ver que lo dice tan sincero, hace que mi corazón se ahogue en pura felicidad. Me va a mil.

Aún no me creo que esto este ocurriendo.

En realidad no sé por qué dudo tanto, cuando nos empezamos a acercar, al principio, todo iba tan bien. Si no hubiese sido por ese mal entendido con mi primo y la mala intención de Miranda hubiésemos avanzado mucho más. Quizá sí ha cambiado, quizá sí me quiera y yo le haga ser diferente, como me ha dicho esta mañana.

Lo único que no me puedo quitar de la cabeza es el hecho de que se haya ido tan fácilmente con ella. Eso me tortura.

Miranda siempre me ha odiado y todo chico que me ha interesado, de una u otra forma me lo ha quitado. Tengo miedo de que utilice los mismo trucos sucios con Ethan, y él le facilitó la entrada aquí, le dio la oportunidad de hacerme daño. Eso no lo puedo olvidar.

Le aparto las manos de mí e intento retomar el camino a mi habitación pero Ethan me detiene.

—Por favor, las cosas estaban mejorando, no dejes que mi metedura de pata lo arruine todo—. Me ruega—por favor.

—¿Cómo lo haces?—le pregunto sin mirarle a la cara, creo que no seré capaz de sostener su mirada y no ceder ante él—, ¿cómo haces para siempre saber qué pienso?

—Te conozco, puede que desde hace poco tiempo pero realmente lo hago. Desde que te vi por primera vez, no he sido capaz de apartar los ojos de ti, no he podido y sigo sin poder—. Me suelta la mano y deja que continúe con mi camino hasta mi habitación, él por su parte sale dejándome cerrar la puerta tras él.

(...)

Escucho ruido que viene de la cocina, voces y decido bajar para ver qué está pasando en el piso de abajo.

Conforme voy bajando identifico que son dos personas hablando. Cuando estoy casi en la puerta de la cocina escucho perfectamente claras las voces de Ethan y de Miranda. Están discutiendo.

—Te tienes que marchar de aquí ya—. Sisea molesto Ethan. No lo veo bien, ya que la puerta está entreabierta y deja poco a la vista, pero puedo jurar que tiene la mandíbula tensa y los dientes apretados mientras ladra la orden.

—No me iré, he venido hasta aquí para tomar lo que quiero. Tú siempre vienes cuando te da la gana y estoy para ti, ahora lo quiero yo.

—¿No te das cuenta que ésta no es tu casa?—puedo escuchar alta y clara la incomodidad en su voz. En cierta forma eso hace que un inmenso alivio me calme la agitación que tengo desde hace varios días.

—¿No te das cuenta de que no me importa?—, le dice la víbora.

Se acabó, pienso entrar.

+¡Destroza a esa estúpida!. Ethan es nuestro y ésta es nuestra casa.

—Te lo advierto...—empieza Ethan pero al verme entrar por la puerta sus palabras enmudecen. Le miro mientras se va poniendo poco a poco cada vez más pálido, llego incluso a sentir cierto miedo por si le ha dado algo. Pero hay algo más, otra cosa que capta toda mi atención y hace que mi furia, hasta ahora apenas contenida, hierva en una espiral tan candente de rabia que si ésta idiota fuese inteligente, temblaría.

La arpía de Miranda está pegada al cuerpo de Ethan, que no deja de ofrecer resistencia contra ella, mientras que no deja de tocarle con sus tóxicas manos. Sin pensarlo demasiado, empujo de manera no muy suave a Miranda hacia un lado, cojo de la mano a Ethan y hago que se siente en una de las sillas de la cocina.

Ante la atenta mirada de una indignada Miranda, me siento en su regazo de cara a Ethan y le beso con todo lo que me hace sentir. Mi chico

contesta el beso con la misma intensidad, y no me suelta hasta que nos encontramos jadeantes y con total necesidad de tomar aire.

Cuando esto pasa aprovecho para demostrar a Miranda que no hay nada más que hacer, por si tuviese dudas. Me giro, aún sentada sobre mi chico, miro hacia ella que nos mira con rabia y algo de asco y le dedico una gran sonrisa.

—¡Oh! ¡Miranda!, ¿estabas aquí? Lo siento no te había visto, sólo tengo ojos para mi chico después de la noche taaan movidita que hemos tenido—. Utilizo sus propias palabras contra ella—. ¿Verdad, fiero?—digo mirando de nuevo a un alegre Ethan, que me mira pícaro. Sabe lo que quiero conseguir con esto, que se aleje de una vez por todas Miranda de nuestras vidas, y le gusta. Y a mí me encanta que eso le guste.

—Sí, pequeña.

Escucho como la necia bufa.

—Acabarás viniendo a mí, todos vuelven—. Dice antes de abrir la puerta—siempre—, repite— todos vuelven y tú mocosa te quedarás llorando.

—¡Que no te dé la puerta al salir!, ¡gracias por tu visita y no vuelvas nunca más!—le grito antes de que se llegue a cerrar la puerta.

Miranda finalmente se marcha soltando un quejido de indignación y cerrando la puerta de la cocina de un portazo. Ethan y yo rompemos a reír.

—Te juro que no sabía que vendría. Yo intenté que se march...—intenta explicarse pero yo le callo con un beso. Ethan suelta un suspiro de alivio antes de responder mi fogoso beso.

Capítulo 23

El comienzo de algo Parte 2

Ethan

Siempre he tenido todo lo que he querido. Lo que he deseado ha sido mío, ya sean coches, chicas, fiestas o cualquier otro tipo de cosas. He tenido pase directo a los mejores centros, conciertos o peleas. Siempre que quería algo tan sólo tenía que decirlo y lo conseguía.

Nunca me he esforzado realmente por nada, y nada ha llamado realmente mi atención tanto como para esforzarme por obtenerlo, pero esta chica...

Por fin tengo a Mare entre mis brazos y jamás me he sentido tan feliz y tranquilo en toda mi vida. No quiero perderla jamás, no sé qué haría sin ella.

Ésta mañana cuando la tenía entre la puerta y mi cuerpo, lo único que deseaba era besarla, tocarla y sentirla lo más cerca posible. Tiene un cuerpo maravilloso que me vuelve loco y amo con locura, es la viva perfección.

La gente dice que no existe la perfección, pero yo pienso que existen las personas perfectas para otras, y sé que ella es perfecta para mí.

Me recordé a mí mismo, una y mil veces que Mare es virgen y que no quiero que se sienta forzada a nada. Pasará lo que ella quiera que pase, al tiempo en el que ella se sienta más cómoda. Soy feliz con tenerla entre mis brazos, poder tocarla, que me bese y sonría tan solo a mí.

Cuando me lancé a agarrar la perfecta curva de su trasero entre mis manos, sin dejar de atacar sus labios en un beso candente, pude notar cómo se tensaba entre mis brazos, algo la traía distraída.

No soy estúpido, he aprendido a conocerla desde que vivo en la casa de su familia. Sabía que era el maldito asunto de Miranda y mi gran estupidez.

Traté de hacerle entender lo feliz que estoy de estar con ella y lo poco que me importa Miranda. Tiene un cuerpazo, eso está claro ¿para qué negarlo?, pero sin nada allí arriba y sobretodo sin una pizca de sentimiento. Más de la gran cantidad de mujeres con las que he estado a lo largo de mi vida.

Mare es diferente, ella me hace feliz y es la chica a la que quiero. Necesitaba hacerla entender y ella necesitaba estar sola un momento, así que lo hice, la dejé sola en su habitación. Quería intentar ser comprensivo y cuando todo parece ir bien, una vez más ahí está Miranda, dispuesta a destrozarlo todo.

No me lo podía creer cuando la vi golpear la puerta de la cocina de la casa. Ni cuando vi a Mare entrar en la cocina mientras Miranda luchaba por que no la echase de la casa.

Sentí pavor. Estaba aterrado de que la última oportunidad con ella, se hubiese echado a perder, por un momento no supe cómo reaccionar. Cuando temía que todo estuviera perdido, Mare, mi pequeña..., ¡vaya!

Esa reacción desde luego no me la esperaba y vaya si tuvo efecto en mí. Me calentó en sobre manera ver cómo defendía lo suyo.

Por que si de algo estoy seguro en esta vida, es de que soy suyo. Completamente suyo, al igual que ella es mía.

Capítulo 24

Esto se pone caliente

Ethan

¡Qué manera tan increíble de hacer que me calle!

Lo único que quería asegurarle es que ella significa todo para mí, pero no me ha dejado, no me ha dejado hablar por que lo sabe.

Su tímida lengua acaricia con tal inocencia la mía, que siento que mi pecho puede estallar de emoción en cualquier momento. Tomo el control repasando con mi lengua cada recoveco de su cálida y húmeda boca. Muerdo su perfecto y carnoso labio inferior y tiro ligeramente de él, causando que emita un pequeño gemido que me vuelve loco.

Trato de hacerle entender el mar de emociones que me inunda cuando de ella se trata. Algo que nadie más me ha hecho sentir. Atrapo sus caderas con mis manos y hago que se levante de mi regazo. Nos levanto juntos y mi pequeña envuelve sus largas piernas en mi cintura y la dejo sentada sobre la isla de la cocina, sin dejar de atacar sus labios.

La pego aún más a mí agarrándola de la cintura. Abre sus preciosas piernas para mí y me coloco entre ellas, frente a la isla y con mi otra mano juego con el borde de su vestido, tocando su muslo. Ella no me detiene y aunque yo no quiero, sé que debo parar. Cuando ve que me alejo de ella, vuelve a envolver sus piernas alrededor de mí y me deja cautivado por su tenacidad.

—¿Qué quieres, pequeña?

—Te quiero a ti.

Mare

Ante esa pregunta, mi respuesta era clara. Tan clara que me asustaba, jamás he sentido algo tan fuerte por nadie.

—Te quiero a ti—. Le contesto sin dudar.

Es en ese momento, cuando caigo en la cuenta de la intensidad de mis palabras, pero no me importa, si es con Ethan, no me importa que me pueda partir el corazón. Sé que es él.

Me bajo de un salto de la mesa y sin dejar de besarnos hacemos nuestro camino hasta mi habitación, o la suya, da igual.

Subimos la escalera, prácticamente a ciegas, sin dejar de besarnos, de tocarnos, abrazados y dando trompicones subiendo con cierta dificultad escalón tras escalón. Cuando llegamos reconozco la puerta de mi habitación. Ethan la abre de un empujón y tira de mí hasta que mi espalda toca la puerta y su firme pecho se pega al mío, que late con total fiereza mientras Ethan besa una vez más mis labios.

Nos adentramos en el cuarto y cierro la puerta con un puntapié. Una vez dentro Ethan pidiéndome, una vez más, permiso con la mirada, desliza sus cálidas y suaves manos por dentro de mi vestido y se deshace completamente de él.

Besa tiernamente la curvatura de mis pechos haciendo que pierda la poca cordura que me queda. Sube lentamente, dejando un camino de besos húmedos y mordiscos, hasta mi cuello y me mira con adoración. La misma con la que le contemplo yo a él.

Sus últimamente fríos ojos grises, ahora están ardiendo mientras me come con la mirada. Se deshace de mi sujetador poco a poco, haciendo de la espera una auténtica tortura. Una vez desnuda casi por completo, me abraza y sin dejar mis labios caemos en la cama.

Se aleja de mí lo suficiente como para quitarse rápidamente la ropa. Mientras se quita la camiseta, la misma que había llevado yo esta mañana

cuando desperté, observo su magnífico cuerpo, mientras muerdo mi labio.

Ethan me pilla mirando y se deshace de su camiseta mientras sonrío satisfecho por mi reacción ante él.

—¿Te gusta lo que ves?—pregunta divertido, mientras se acerca a mí peligrosamente.

—Si.

—¿Si?—cuestiona.

—No tiene nada de malo contemplar lo que es de una.

—¿Y yo soy tuyo?—sigue con el juego que nos encanta a ambos.

—Lo eres.

—Lo soy—afirma.

Acaricia mi boca con sus labios y baja por todo mi cuerpo, acariciando, besando, chupando y tocando cada milímetro de mi ser. Cuando llega a su destino se deshace de las únicas prendas de ropa que hacen de barrera entre nuestros cuerpos.

Sitúa su cara en mi zona más sensible y el muy bobo olfatea causándome una carcajada. De pronto, pega aún más su nariz en ese lugar, hasta ahora prohibido, para cualquier otra persona e introduce la punta de su lengua sin previo aviso, provocando que dé un respingo debido a la sorpresa.

Uff.

Nunca pensé que se podría hacer este tipo de cosas con la lengua. La misma que se movía dentro de mí, de forma pícara con movimientos tentadores, similares a los del mismo demonio y que en plena acción te puede alzar al mismo cielo.

Su inquieta mano, que instantes antes vagaba por todo mi cuerpo haciendo que no dejaran de salir suspiros y gemidos de mi boca, se pierde dentro de mí. Haciendo que una explosión placentera surja en mi interior, mientras sus juguetones dedos exploran mi cuerpo libremente.

Jamás pensé que esto pudiese sentirse de esta manera. O quizá sea por que lo estoy haciendo con el chico que quiero. La unión de sus dedos y su lengua resulta un descubrimiento maravilloso. Un calor hasta ahora desconocido para mí, se instala en mi centro y estalla en mil y una sensaciones placenteras. Distintas unas de otras, pero todas igual de excitantes. Ethan se detiene por completo y vuelve a subir donde estoy yo.

Me siento de pronto demasiado mojigata, y en pleno momento de duda por no saber en dónde poner o qué hacer con las manos. Las termino dejando sobre el cálido pecho de Ethan, las subo y bajo un par de veces, dándome tiempo para pensar qué hacer. En un golpe de atrevimiento, paseo mi mano derecha con decisión por su cintura y acaricio toda esa zona hasta llegar a su perfecto y duro trasero. Jugueteo y lo amaso como él hizo en nuestro primer beso provocando una ronca carcajada, que proviene de Ethan, llena de deseo.

No sé quién está más sorprendido por mi valentía, si Ethan o yo. Tampoco sé si es valor o que me veo impulsada por el propio calentón, pero lo que sé seguro es que a Ethan le encanta.

Soltando un leve jadeo al unísono, se adentra en mi interior, sale y entra un par de veces pero no demasiado. Parece que está jugando, preparándose.

—¿Estás segura de esto?, yo no tengo ninguna prisa—. Me pregunta por quinta vez desde que se lo propuse y mi respuesta es la misma que la primera vez que me lo preguntó.

—Si, quiero que seas tú el primero. Estoy segura.

—Te quiero, pequeña.

Se levanta y va hasta el montón de ropa que está desperdigada por el suelo de mi habitación. Le miro con atención mientras se agacha para coger sus pantalones y saca un preservativo de su cartera. Lo abre y se lo coloca para volver a tumbarse sobre mí.

Se adentra en mi interior lentamente y esta vez por completo. Siento un poco de dolor pero es soportable, aunque un par de lágrimas se me escapan e Ethan las atrapa dejando un pequeño beso en mis ojos.

Se detiene por completo, esperando a que me acostumbre a él. Poco a poco voy sintiendo cómo el dolor se calma, y viene a mí, la necesidad de moverme.

—Vamos—, jadeo y me cuesta reconocer en esa súplica mi propia voz.

—Todavía no pequeña, no quiero hacerte daño.

—Por favor—, suplico de nuevo.

Niega con la cabeza, noto que él también desea moverse pero se está forzando a mantenerse quieto, no quiere hacerme daño. Es algo que agradezco, pero lo necesito ya. Al ver que Ethan se niega a moverse, meneo mi cadera, envuelvo mis piernas al rededor de su cintura y le pego más a mí, haciendo que gruña.

—Vamos—. Le vuelvo a pedir y esta vez me hace caso, comienza un suave vaivén dentro de mí que me deja sin aliento.

Conforme va ejerciendo más fuerza y su movimiento se vuelve más rápido y constante, voy sintiendo más placer. Acaricio sus músculos, que no paran de contraerse y relajarse cada vez más rápido, al mismo ritmo que sus embestidas aumentan. Ethan no deja de besarme el cuello, y cada zona de mi cuerpo que está a su alcance, en ningún momento. Me hace sentir especial con cada movimiento, cada beso y cada caricia.

La habitación se llena de jadeos, gemidos y suspiros entre los «te quiero» constantes y otras palabras de amor que ambos pronunciamos. Ahora soy capaz de notar la diferencia para Ethan, entre Miranda y yo. En todas las veces que los he visto juntos, nunca la ha besado como a mí. Ni una sola vez la ha tocado como a mí y desde luego, jamás le ha dicho que la quiere.

Una vez que ambos hemos llegado, Ethan sale de mi interior y se tumba a mi lado, se quita el preservativo y lo enrolla dentro de un clínex que

coge del cajón de mi mesilla de noche. Me quedo atónita cuando veo que se mete a mi habitación, la verdad es que no sé qué hacer ahora.

Escucho un grifo abrirse, el agua correr y cortarse, lo veo salir de pronto con una toalla pequeña y húmeda entre sus manos. Lo miro en silencio y con atención mientras toma uno de mis pies y tira de él para abrir mis piernas. Con la toalla me limpia, un gesto que me avergüenza por no haber caído que debía hacerlo, y a la vez me hace sonreír como una boba. Este chico es un encanto.

Le agradezco con un leve «gracias» y él me mira con picardía, deja la toalla de nuevo en el baño de mi habitación y se tumba a mi lado. Cuando estira su brazo hasta mí, me pega contra su pecho y deja un beso en mi frente.

—Duerme pequeña.

(...)

Unas terribles ganas de ir al baño, hacen que me despierte y vea un cuerpo escultural de casi metro noventa sobre mí, impidiéndome cualquier escape. Las terribles ganas de orinar hacen que la pena de despertarlo se valla bien lejos, y lo agito levemente del brazo para que me deje levantarme.

Escucho una especie de gruñido salir de Ethan, así que insisto y vuelvo a agitarlo un poco.

—¿Que iere?— me pregunta lo que supongo será que qué quiero.

—Necesito levantarme.

Su agarre se hace más fuerte en torno a mí en respuesta.

—Necesito levantarme ya, tengo que ir al baño.

Se piensa si dejarme ir o no.

—Veeengaa.

—Pero no tardes—cede—cada minuto que tardes será algo que debamos hacer en la cama—. Suelta levantando y bajando ambas cejas.

Mis ojos se abren de tal manera que duelen e Ethan se ríe por mi reacción.

—Rápido estaré cronometrando—. Asegura soltándose para mirar su caro reloj de muñeca. Yo por mi parte, prácticamente me lanzo de bruces de la cama, una vez que me ha soltado.

Cuando salgo del baño, me coloco una camiseta al darme cuenta de que sigo como Dios me trajo al mundo. Miro hacia mi cama y veo a mi chico tumbado boca a bajo. Cuando siente mi peso sobre el colchón, se gira hacia mí, y me mira con algo de decepción cuando se da cuenta, que llevo una camiseta puesta.

Introduce su mano dentro de mi camiseta y la desliza en perezosos círculos por todo mi vientre, unas caricias que llevan a besos. Que a su vez, llevan a que terminemos de nuevo desnudos y azotando nuestros cuerpos en un torbellino de pasión y amor.

Cuando terminamos por cuarta vez a lo largo de la tarde, Ethan acaricia mi costado sin apartar sus increíbles ojos de los míos.

Me acerco y le beso e inmediatamente corresponde a mi beso, que fluye de manera lenta. Como si me estuviese haciendo el amor con sus labios. Se sube encima de mí, sin dejar todo su peso sobre mi cuerpo y paso ambos brazos al rededor de su cuello.

—¿Qué te ha parecido?—pregunta algo temeroso de mi respuesta.

—Eres increíble—le digo sin pensar.

—Tú eres increíble has hecho que sienta lo que nadie ha conseguido desde hace mucho tiempo.

—¿Por qué, qué pasó?

Noto cómo se tensa.

—Nada, mejor no hablemos de eso, tan solo quiero abrazarte, besarte y volver a tenerte de nuevo.

—¡Otra vez!—digo sorprendida, yo me encuentro realmente agotada. Siento que mis músculos morirán en breve y ni hablar de mis piernas.

—Tengo mucha resistencia—. Esta vez soy yo la que se tensa y de nuevo Ethan lo nota.

¡Mierda!

En este momento no puedo estar recordando a la estúpida de Miranda, y la noche que tuvieron según ella tan movidita, hace algunas semanas.

—Por favor, no dejes que nos arruine esto. No sé qué te dijo mientras yo estaba en mi habitación ese día, y seguro que lo arruiné con la actitud que tuve las siguientes semanas. Pero ahora estoy contigo y como te dije antes, nadie me moverá de tu lado.

Capítulo 25

¡Arreglaré esto!

Mare

Un fuerte olor a humedad en el ambiente hace que despierte, pero aún así me niego a abrir los ojos.

El frío y húmedo aire de invierno, se cuele por la ventana que anoche se me olvidó cerrar. El viento azota con inquina la ventana, y me obligo a mí misma, a levantarme para cerrarla.

Abro los ojos y a duras penas me levanto, me encuentro realmente cansada debido a la increíble noche de la que he disfrutado, pero corro hasta mi ventana y la cierro, evitando que esta choque de nuevo con la pared.

Me tiendo sobre la cama, al lado del cuerpo desnudo de Ethan, donde no debería haberme movido, al menos no tan pronto.

Lo observo mientras duerme tan plácido, voy hasta él y dejo un beso en sus deliciosos labios. Los degusto con tranquilidad.

Cuando me separo de él, soy recompensada por sus increíbles ojos grises, que me miran de abajo a arriba, deteniéndose en mis labios. Una sonrisa se desliza en los suyos y salen a la luz esos hoyuelos tan lindos que mi chico posee.

— ¿Me has dado un beso? O ¿lo he soñado?

— Te he besado.

— Es la primera vez que tú me besas, siempre soy yo el que te los roba.

— Hoy te lo has ganado.

Ethan no responde, se limita a darme una sonrisa torcida que esconde mucha picardía y comprendo enseguida qué es lo que se le ha pasado

por su sucia mente. Me pongo un tanto nerviosa debido a ello. No evito sonrojarme cuando de manera rápida le explico a qué me refiero—. Hoy has amanecido muy lindo, estúpido.

Una larga carcajada sale sin control de él cuando le contesto. Me levanto con fingida molestia y le esquivo cuando extiende su brazo para hacer que vuelva a la cama. Salgo de la habitación y llego hasta la cocina con Ethan tras de mí.

—¿Oye te has enfadado?—pregunta mimoso, yo escondo la sonrisa que lucha por salir y me giro para estar frente a él.

—¿Te parezco molesta?

—Me pareces adorable—envuelve mi cuerpo entre sus brazos—, me pareces muy tierna e irresistible—pega su cuerpo al mío en todos los lugares correctos—, me parece que siempre quiero poder tocarte—siento su corazón latiendo como loco contra mi pecho—, y siento que ahora mismo te quiero comer—. Se acerca aún más a mí.

—¿A sí?—pregunto encantada por sus intenciones y me acerco más a él.

—Sí—responde con una sonrisa juguetona.

Cuando decido acabar con la poca distancia que queda entre nosotros y besarle otra vez, el sonido de unas pisadas viniendo hasta donde nos encontramos, llega a mis oídos y nos separamos justo a tiempo para ver, a mi madre entrar a la cocina sonriente.

—¡Buenos días chicos!, que gusto veros despiertos tan pronto.

—Si, hoy quería llegar pronto al instituto para variar—. Digo e Ethan me sonrío de forma malvada, tiemblo al saber que planea alguna de las suyas.

—Si, Mare me ha despertado de una forma un tanto...

—Mamá—, corto lo que Ethan fuese a decir—. Te ayudo a preparar el desayuno.

A mi madre se le ilumina el rostro. Y me alegro de que no preste atención al idiota. Le lanzo una mirada mortal cuando mi madre nos da la espalda, antes de que Ethan salga sonriente y murmurando algo sobre

que se va a vestir. Ya que cuando me ha seguido solo le ha dado tiempo a ponerse los pantalones que usó ayer.

Cuando salimos de casa para ir a clase, esperamos a alejarnos un par de calles de la casa para cogernos de la mano. Su grande y cálida mano sostiene la mía todo el camino, mientras lo recorremos entre bromas, una charla relajada y unos cuantos besos robados por aquí y por allá.

Cuando entramos al instituto, todos nos miran, ya que en las pocas semanas que Ethan asiste a mi instituto ha conseguido una gran popularidad. Ignoro las miradas envidiosas y de odio que me lanzan las chicas, y los pequeños corrillos de voces que comentan una y otra vez «mira con quién viene de la mano». Busco con la mirada a Carmen y Cris que se aproximan con cierta prisa a nuestro lado.

—Mare, Ethan, no veáis lo que habéis provocado—. Canturrea encantada Carmen.

—¿Y eso?—. Pregunto un tanto desorientada.

—Miranda ha esparcido el rumor de que no te separas de su chico y que has provocado su ruptura—. Me explica incómoda Cris.

¿Qué?, pero si entre Ethan y yo hubo algo antes de que ella se metiera por medio. ¡Ella metía cizaña!. Ahora que hemos podido aclarar las cosas, ¿hace esto?

Ethan me da un ligero apretón en la mano, que todavía se encuentra entrelazada con la suya, e intento sonreír para hacer que no se preocupe, mas me tengo que conformar con un raro gesto facial.

—Tranquila, nosotras sabemos que eso no es verdad—me consuela Cris.

—¡Arreglaré esto!—habla por primera vez Ethan desde que llegamos.

Capítulo 26

Mare es mi chica

Ethan

Llego hasta donde se encuentra Miranda, ¡esto se debe terminar!. No pienso tolerar que lastime a Mare de esta manera por mis fallos. La fastidié al involucrarme con esta chica, eso lo sé, pero pienso remediarlo.

—Hola, chico sexy—. Dice con esa maldita voz empalagosa una vez que me ve. Intenta tocar mi pecho pero la detengo agarrándola de la muñeca.

—No sé qué pretendes exactamente al provocar toda esta mierda pero quiero que pares. —Le digo con la mandíbula apretada y lentamente, para asegurarme de que lo entienda perfectamente, evadiendo su saludo. No me apetece ser cordial con ella. No cuando hace daño a Mare. No cuando daña a mi chica.

—No sé de qué hablas—. Se hace la tonta pero vislumbro una profunda satisfacción en su rostro. Es leve, alguien que no sepa su juego no sabría verlo. Alguien que no la conozca la creería, pero yo lo veo con total nitidez, tanta que me resulta apabullante. Ya que he estado rodeado con demasiadas personas iguales a ella.

—Ahórratelo—. Siseo ante la mirada atenta del corrillo que se ha formado a nuestro alrededor.

—Mi vida, ¿qué pretendes?— finge llorar.

—Sabes perfectamente que jamás hemos estado juntos—, veo por el rabillo del ojo como Mare y Cris entran a clase—. Sólo ha sido sexo y me arrepiento profundamente de que haya sido contigo. Porque al portarme como un idiota y querer darle celos a la chica que me gusta, con la persona que más la odia, la he lastimado. Sin embargo no te voy a

permitir que sigas con esto solo por puro despecho—. Mi discurso se ve acompañado con los «oes» y «ahh» de los cotillas que se acumulan entorno a nosotros.

—¿Cómo te atreves?—susurra iracunda y yo sonrío, ya que he logrado que caiga su puta máscara.

—Ya te he dicho que no permitiré que dañes a la chica que quiero—, digo y giro hasta Mare. Esta me mira desconcertada y con un gesto de duda que se me antoja encantador. Acaricio sus mejillas con ambas manos y la acerco para darle un beso ante el tumulto de adolescentes que lucha por enterarse del chisme.

Sé que esto correrá como la espuma y cuando llegue a los oídos adecuados, ignorarán el rumor malicioso extendido por Miranda.

El profesor entra a clase y disuelve el gentío.

—¡Vamos chicos!, el timbre ya ha sonado, cada uno a su clase. ¡Parejita!, a sus asientos.

Cada uno de los alumnos que disfrutaba de aquel beso, huyen despavoridos en cuanto el profesor comienza a amenazar con poner partes.

Le doy un último pico a Mare y nos sentamos en nuestros asientos habituales.

Con disimulo mira hacia atrás pillándome mientras la miro y me devuelve una radiante sonrisa.

(...)

Tres larguísimas horas de química más tarde, llego a mi taquilla que por suerte está cerca de la de Mare.

—¿Entonces no se te ocurrió otra manera de acallar los rumores?—. Me pregunta nada más que llego a su lado.

—La verdad es que no—digo sincero— ¿molesta?

Hace como si lo pensara por unos instantes, la verdad es que se toma su tiempo.

—Nop—. Contesta al fin, arrugando su pequeña nariz. Sonrío como hace mucho tiempo no lo hacía. La verdad ni recuerdo cuanto.

Capítulo 27

La maldita llamada

Mare

Cuando regresamos a casa veo a Ethan realmente feliz, y eso hace que lo que estoy sintiendo en este momento sea aún mejor.

Entro a casa y no veo por ningún lado a mi madre ni a mi padre. ¡Qué raro!, suelen estar siempre a la hora de comer. La llamo de nuevo y voy hasta la cocina para ver si está ahí, pero no está, en su lugar encuentro un pósito pegado en la nevera.

Agarro la nota y mientras la leo, Ethan me abraza por detrás, esconde su cara en el hueco entre mi mandíbula y mi hombro, para dejar una estela de besos húmedos y lentos, robándome la concentración.

—Mmh, ¿y qué dice la nota?—pregunta muy pegado a mi oreja, rozando sus labios contra ella. Su aliento hace que se me erice la piel y tengo que tomarme mi tiempo, aspirar aire lentamente y expulsarlo, repetir y leer de nuevo la nota que dejó mi madre para así, contestar la pregunta de Ethan.

—Están de viaje, al parecer. No volverán hasta mañana por la mañana, deben atender un par de asuntos en un viaje exprés.

—Interesante—. Atrapa el lóbulo de mi oreja entre sus dientes y lo chupa.

—Mucho—, contesto con cierta dificultad.

Me besa y desliza ambas manos por todo mi cuerpo. Desde donde se encontraban en un inicio, en mi nuca, hasta llegar a la parte inferior de mis muslos. Me impulsa para elevarme del suelo. Con algo de torpeza, ya que no me lo esperaba, anclo mis piernas al rededor de su cintura, e

Ethan comienza a moverse conmigo cargada. Me deja sobre la isla y separa un poco mis piernas para instalarse entre ellas.

—Y bien..., ¿qué comeremos?—pregunto una vez que se separa un poco de mí.

—Yo te comería a ti—. Lanza su comentario juguetón.

—Hablo en serio.

—Yo también.

Le miro mal y me suelta alzando ambas manos en señal de rendición. Da un par de buenos pasos atrás antes de hablar.

—Está bien, fiera.

Me río.

—Llamaremos para que traigan una pizza—. Me respondo a mí misma.

—Perfecto y ahora, a lo que íbamos—. Dice antes de lanzarse contra mi cuerpo en un movimiento que me resulta ansioso y posesivo.

Me hace correrme hacia atrás sin ningún cuidado, dejándonos llevar por la pasión. Un alarido de dolor se me escapa al golpearme la cabeza con la campana extractora de la cocina.

—Ah—, me quejo entre llorando y riendo por el golpe tan tonto.

Veo que Ethan intenta refrenar una carcajada, pero le es imposible y al final comienza un ataque de risa que me contagia.

—Vamos a otro lado—. Asiento y me toma de la mano para tirar de ella y ayudarme a bajar. Llegamos casi sin aliento al sofá de la sala, sin aliento porque durante el camino desde la cocina hasta la salita no hemos dejado de basarnos.

Nos hemos convertido en unos verdaderos expertos en besarnos sin mirar por dónde vamos y no partimos nada en el transcurso.

Nos dejamos caer en el sofá, Ethan sobre mí y cada quién se quita su camiseta.

Dejamos de besarnos el tiempo justo de quitar todas las prendas.

(...)

El timbre suena en medio de la película que Ethan había insistido en ver. Seguramente será la comida que encargamos hace unos veinte minutos. Voy yo, ya que no me está gustando demasiado la peli. Aunque disfruto del hecho de que tanto a Ethan como a mí nos guste comentar las pelis.

Abro la puerta y veo al mismo repartidor que ha estado viniendo las otras veces que he pedido comida, es un chico que asiste a mi instituto, me agrada.

Cojo la caja de pizza, le doy el dinero a sabiendas de que le doy demás y le digo que se quede con el cambio. La zona en la que yo vivo, no es ni por asomo la más cercana a la pizzería, y con todo eso de si no llega en veinte minutos le sale gratis, sumado a que hay un tráfico tremendo antes de llegar a esta zona, los repartidores casi nunca obtienen propina. ¿Quién diría que esta urbanización es una de las más opulentas y adineradas del pueblo?

El chico se despide con una sonrisa increíble, la verdad es que es adorable, y con las mismas se marcha. Regreso a la salita, junto a Ethan y comemos mientras seguimos analizando la peli y riéndonos de las escenas malas, que son unas cuantas.

De pronto una llamada nos obliga a detener la peli. Veo a Ethan coger su móvil y mirar la pantalla extrañado. No consigo ver de quién se trata.

No dice nada, tan solo escucha con atención a la persona que le habla desde el otro lado de la línea. Tras un par de minutos que se me antojan eternos, tapa con una mano el auricular y me murmura que es importante.

Veo impotente y llena de confusión, cómo va hasta las escaleras y desaparece para no volver a bajar. No sabría lo mala que resultaría esa dichosa llamada para nosotros, hasta un par de semanas más tarde.

Capítulo 28

Todo está mal

Ethan

Miro la pantalla de mi teléfono y no logro reaccionar, sé que debo contestar antes de que se corte la llamada pero me es imposible. Al menos no todavía, antes debo comprender el motivo de que mi madre me esté llamando.

Desde que llegué no me han llamado ni una sola vez, porque antes de coger aquel avión me dijeron que no sabría de ellos hasta que madurase, hasta que vieran que estoy centrado o al menos que lo intento. Obviamente sé que de manera indirecta, mediante los padres de Mare, sabrán sobre mí. Mas no me han llamado directamente desde hace casi dos meses.

Precisamente esa es la razón de que me cueste tanto dar con la razón de esta llamada. Finalmente cuando cojo la llamada de mi madre, no sale de mí ni un miserable sonido. El corazón me late completamente ansioso, desorbitado, las manos me tiemblan y sudan tanto que me veo obligado a sostener con demasiada fuerza el teléfono, para que no se me resbale de las manos.

Mi madre al ver que estoy muy callado, me pregunta si estoy solo o puedo estarlo. Miro a Mare que se encuentra sentada a mi lado, en el sofá, le murmuro un «es importante» y subo a mi cuarto.

Cierro la puerta tras de mí y carraspeo antes de atreverme a hablar.

—Ya mamá, puedes hablar.

—Hijo, escúchame bien, por que se trata de algo serio.

(...)

—Mamá, no me puedes pedir eso.

—No es una petición—, dice tajante—, ¡vendrás quieras o no!—. Suspira agotada—el billete ya está reservado.

—Pero mamá...—me ha colgado.

No puede ser, ahora no—pienso.

Lanzo con rabia el teléfono contra la pared y este se rompe en multitud de pedazos.

¡Mierda!

No bajo en lo que resta de noche, no soy capaz de enfrentar a Mare, no puedo decirle que me voy.

Mare

Dos semanas han pasado desde aquella maldita llamada y aunque Ethan me jura y perjura que no pasa nada, algo dentro de mí me dice que me está evitando y que todo está mal. ¡Diablos!, todo está peor que nunca.

Lo siento en lo más profundo de mi pecho, mi instinto me lo dice. Es como un miedo que no consigo quitarme del medio. Aunque lo tenga al lado, aunque lo tenga entre mis brazos, lo siento muy lejos.

Capítulo 29

Confesiones

Ethan

Siento que alguien me mira. Anoche medio discutí con Mare, no quiero pensar en que me voy y no quiero que se preocupe por ello, pero es tan malditamente perspicaz. Trato de ocultárselo pero cuando insiste en hablar de la dichosa llamada que recibí esa noche..., acabo comportándome como un completo imbécil con ella.

Es lo que ocurrió anoche y ahora estoy durmiendo en mi cuarto, en mi cama, solo. Creo que me he acostumbrado a dormir con ella entre mis brazos y ahora no consigo quitarme la sensación de que me están observando, o no sé yo qué, pero no puedo dormir.

Me giro incómodo en mi propia cama y agotado de tener esta pesada sensación, abro los ojos y me encuentro con lo que más necesitaba.

Mare está al lado de mi cama, mirándome mientras estoy dormido o trato de hacerlo al menos. Sé que por cómo me comporté con ella ayer, le ha tenido que costar bastante atreverse a entrar a mi habitación, hasta ahora solo lo había hecho yo. La agarro de la cintura con ambas manos y en un rápido movimiento la lanzo a la cama y me posiciono sobre ella.

Como a mi parecer, siempre deberíamos estar. Ella se mantiene en silencio y me mira con ganas de decir algo y yo por mi parte lo único que me ronda por la mente es un «ahí vamos otra vez». Así que la callo con un beso antes de que si quiera le de tiempo a preguntar nada. Hoy me voy y no quiero pensar que sea el final de todo. Que esto sea un adiós definitivo.

—Por favor, dime qué te pasa— me pide entre besos.

—No quiero hablar, solo quiero besarte.

Me detiene y me mira seria.

—¿Qué pasa?, dime qué es lo que te tiene así—. Se levanta.

—Así, ¿cómo?—la imito, trato de no estallar pero creo que esta vez no lo lograré.

—Así, tenso, discutiendo por todo—me reprocha con toda la razón del mundo—Tú nunca me has tratado así, ni si quiera cuando pensabas que...—, baja la mirada al suelo dejando a medio la frase, pero no hace falta que diga nada más ya sé a qué se refiere. Se refiere a cuando pensaba lo peor de ella por mis estúpidos celos por José.

Me acerco a ella y la pego contra mi cuerpo, le doy el abrazo que tanto he necesitado durante las últimas dos semanas.

—Lo siento pequeña. Solo que hoy debo hacer algo, algo importante.

—Es por esa llamada—ni siquiera lo pregunta, es una afirmación.

No contesto.

—¿Qué te tiene así?

—No puedo. Confía en mí—. La miro suplicante.

—¿Cómo te atreves a pedirme algo que tú mismo no eres capaz de hacer?—. Me grita.

No sé que más hacer, si sigo empujándola lejos de mí me odiará y eso es lo último que quiero.

—Sé que he sido lo peor, he jugado con las chicas y al principio fui un cabrón contigo, pero te quiero, tú me has cambiado.

—¿Por qué me dices esto ahora?, me estás asustando.

Continuo con lo que tengo que decirle sin contestar sus preguntas, necesito sacar esto de mi pecho. Necesito contarle lo que siento por ella, lo que me ha hecho sentir, todo lo que me ha dado. Necesito que comprenda la cantidad de sentimientos y pensamientos que tengo hacia ella y sobretodo, necesito que lo escuche de mis labios, antes de irme. Quiero que me crea, necesito que no me odie.

—Me has hecho ser mejor persona, ser un mejor hombre y luchar por lo que quiero, por ti—. Me mira sin saber qué decir pero no me interrumpe—. Me enamoré perdidamente de alguien, alguien que machacó mi corazón y se largó sin mirar atrás y decidí no sufrir nunca más por otra persona. Todas las chicas que me rodeaban eran copias baratas e igual de crueles y por ese motivo las usaba y desechaba sin tener ningún remordimiento. Todo cambió cuando te conocí, tan torpe, tan hermosa y sobretodo tan honesta. Eres buena, demasiado buena para mí, pero soy demasiado egoísta para dejarte ir. Me he enamorado perdida y completamente de ti y siempre lucharé por ti.

—¿Porqué...

—Te amo—. Le corto.

—Ethan, yo...

—Llegarás tarde a clase—. Le corto de nuevo—. Estaré aquí para cuando regreses—. Miento. Asiente no muy convencida. Me da un pequeño pico que antes de separarse, la agarro con fuerza y profundizo de una forma feroz. Me detengo a acariciar cada recoveco de su boca, nuestras lenguas bailan juntas en una danza que es exclusiva de ambos, como un secreto que sólo conocemos ella y yo.

No quiero que este sea un adiós definitivo pero si este... Si este resulta ser el último beso que le dé, quiero dejar una huella en ella, tan profunda que nadie jamás la pueda borrar, justo como la ha dejado ella en mí.

Capítulo 30

La despedida

Mare

Un horrible sentimiento que no soy capaz de alejar, me tortura más y más con cada paso que pongo entre Ethan y yo.

Cada vez que me alejo un poco más, siento que no serán solo una horas. Tengo la estúpida idea de que las palabras de Ethan eran una despedida y que cuando regrese sus cosas no estarán y no habrá rastro de él, como si nunca hubiese vivido en mi casa. Como si jamás hubiese estado conmigo.

Mientras me torturo pensando en cosas que a la vez me parecen imposibles, como si mi otra mitad pensase que cuando regrese y le cuente a Ethan lo que se me pasó por la cabeza nos reiremos de ello, llego al instituto sin tener ni idea de como.

Entro a clase y la profesora de lengua me regaña y promete que si vuelve a pasar no me dejará entrar, además de otras tantas cosas sobre ser responsable o qué se yo. Ni siquiera la escucho, tan solo pienso una y otra vez y analizo las palabras que Ethan me ha dicho.

+Ethan no nos mentiría, ¿o sí?

—A qué buena hora te pusiste a aparecer.

+Bueno, perdona.

—Olvidalo.

No hay respuesta.

—¿Crees que era una despedida?

+No lo sé.

—No sé qué hacer—. Me admito a mí misma, estoy fatal.

+Averígualo.

Suena el timbre y me doy cuenta que ni siquiera he sacado un miserable lápiz, ¿si quiera llevo mochila?

Corro para salir de clase, me llevo por delante a algunos alumnos pero cruzo entre maldiciones y otras palabras mal sonantes sin disculparme ni reducir mi velocidad.

¡Necesito llegar a casa y cuanto antes mejor!

(...)

Cuando consigo llegar a casa, lo primero que me recibe es un silencio atronador. Las luces están apagadas y noto que me falta el aire.

+Tal vez salió, recuerda, te dijo que tenía algo importante.

Entro a casa llamándolo, pero no me contesta. Subo a su habitación, su cama está hecha, como si nadie hubiera dormido en ella. Me acerco a su armario, lo abro y las primeras lágrimas caen al ver que no hay ni una sola prenda de ropa.

Es ahí cuando me doy cuenta. Miro a mi alrededor, toda su habitación al completo está vacía, si no fuese por la ropa de cama pasaría como si nadie hubiese estado en este cuarto.

Me apoyo contra la puerta, sintiendo que no puedo seguir, que no puedo con el peso de mi propio cuerpo, que no soporto más y me deslizo por ella. Caigo al suelo envuelta en lágrimas.

Ethan se ha ido.

(...)

Escucho el maldito teléfono del demonio sonar de fondo, me levanto desorientada y con los ojos hinchados y doloridos de tanto llorar. Veo que en la pantalla de mi móvil brilla la palabra mamá y lo cojo.

—Mamá— mi voz es un desastre ronco debido al llanto.

—Hija, ¿te has podido despedir de Ethan?

Mi cerebro hizo por un momento cortocircuito, ¿mi madre sabía que él se marcharía?

+¡Despierta!, mamá no sabía que Ethan y tú estáis juntos.

¡Es verdad!

—Mamá, ¿tú sabes dónde se ha ido?

—Claro hija, debe de estar en el aeropuerto—. Dice obvia.

Corro por toda la casa mientras me despido de mi madre, cojo dinero, las llaves y por supuesto mi móvil.

—Gracias mamá, ¡te amo!

Paro un taxi que pasa por mi lado y le indico que me lleve al aeropuerto que me dijo mi madre. Pasados veinte eternos minutos llenos de baches y acelerones, llego a mi destino.

Al salir del taxi, me dan ganas de besar el suelo que piso, pero no hay tiempo que perder.

Subo unas larguísimas escaleras mecánicas y llego a una interminable cola. A lo lejos distingo la espalda de mi cabezota, obstinado e idiota chico.

—Ethan— grito.

Noto que su espalda se tensa cuando escucha mi voz.

—Ethan, por favor— suplico.

Esta vez duda pero se gira.

—¿Qué haces aquí?—. La tristeza baña su expresión.

—He venido por ti.

—Ya es tarde—. Dice.

—No lo es, ve a resolver lo que sea y regresa conmigo.

Bufa.

—Si me voy..., si me voy, no sé si pueda volver—. Dice lento, como si le pesaran las palabras dichas tanto como a mí escucharlas.

—Pues no te vallas, o, llévame contigo.

—No puedo.

«Última llamada para el avión H-379 con destino a Los Ángeles»

Ambos escuchamos atentos la megafonía del aeropuerto. Ethan me vuelve a mirar, esta vez veo decisión en su mirada.

—Es mi avión, tengo que irme. Adiós Mare.

Me da la espalda y se aleja de mí. Llora y grito una y otra vez que me mire, que no me de la espalda, que no me abandone. Que luche por mí como me prometió esta mañana, que se quede conmigo. Grito y lloro hasta que me duele la voz, hasta que saco mi última lágrima. Grito y lloro pero él sigue su camino, sin mirar atrás.

Epílogo

Mare

Me zarandean para que me mueva, pero no siento nada. Ya no siento el ardor que se había apoderado de mis ojos, no sentía mi voz ni mi cuerpo, tan solo el gran abismo en el que se ha convertido mi corazón.

Escucho la dulce y aterciopelada voz de mi madre que me insta a moverme. Abro los ojos y me encuentro con esa mirada verde tan familiar. Mi madre me tiene abrazada y me dice algo que no logro comprender. Por puro acto reflejo me levanto del sucio suelo del aeropuerto, en el que tal vez haya estado las últimas dos horas, una o tal vez solo hayan sido a penas quince minutos, lo desconozco.

Lo que sé es que él se ha ido, me ha dejado y ni siquiera le he importado lo suficiente como para mirar atrás. Sé que aquí están mis padres, han venido por mí, seguramente el encargado les habrá llamado al ver que no reaccionaba. Sé que no sé que hacer.

Me dejo llevar hasta el coche y lloro en silencio mientras mis padres conducen.

—Se ha ido.

Son las únicas palabras que llego a pronunciar, algo inteligibles, antes de llegar a casa. Pero tan solo yo las alcanzo a comprender.

Fin

Índice

- [Capítulo 1: La presentación de un idiota 7](#)
- [Capítulo 2: El idiota que vivirá en mi casa 19](#)
- [Capítulo 3: La toalla y el espectacular beso 23](#)
- [Capítulo 4: Asalto, ¿qué haces en mi cuarto? Parte 1 33](#)
- [Capítulo 5: Asalto, ¿qué haces en mi cuarto? Parte 2 37](#)
- [Capítulo 6: El juego de provocar 41](#)
- [Capítulo 7: Salida al lago 45](#)
- [Capítulo 8: Una horrible escena 51](#)
- [Capítulo 9: Una horrible escena Parte 2 57](#)
- [Capítulo 10: ¿Dónde estás? 61](#)
- [Capítulo 11: Un cálido despertar 67](#)
- [Capítulo 12: Un cálido despertar y una nueva pelea 71](#)
- [Capítulo 13: Tengo que dejar de pensar en ella 75](#)
- [Capítulo 14: Esto es un castigo 79](#)
- [Capítulo 15: Nos quemaremos ambos 83](#)
- [Capítulo 16: El peor día que te puedas imaginar 87](#)
- [Capítulo 17: Un dudoso despertar 89](#)
- [Capítulo 18: Un dudoso despertar Parte 2 93](#)
- [Capítulo 19: No soporto a esa... Es hora de la juerga 95](#)
- [Capítulo 20: Detén ésta locura 107](#)
- [Capítulo 21: Y de nuevo; Un nuevo despertar 115](#)
- [Capítulo 22: El comienzo de algo 123](#)
- [Capítulo 23: El comienzo de algo Parte 2 129](#)
- [Capítulo 24: Esto se pone caliente 133](#)
- [Capítulo 25: ¡Arreglaré esto! 143](#)
- [Capítulo 26: Mare es mi chica 147](#)
- [Capítulo 27: La maldita llamada 151](#)

[Capítulo 28: Todo está mal 155](#)

[Capítulo 29: Confesiones 157](#)

[Capítulo 30: La despedida 161](#)

[Epílogo 165](#)